¿QUÉ PASA?

¿QUE SE ENTIENDE POR UNIDAD?

Por LIBERIO

Por unidad entre los cristianos, nos referimos. Tema éste que desde hace bastantes años, en el mes de enero, pasa a cobrar actualidad con motivo del Octavario por la unión de las iglesias. Hasta ahora, esa unidad la habíamos considerado bajo Pedro, siervo de los siervos del Señor, apacentador de los corderos y las ovejas, Maestro infalible en algunos casos, Guía conveniente en todos. Y tal unidad debería llevar consigo la creencia en los dogmas que confiesa la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Para el Papa que mira con cierto optimismo la tarea ecumenista, ésta se presenta como tarea difícil, lenta y gradual, e incluso se pregunta cómo podría alcanzarse la unidad sin poseer una misma fe y un mismo y válido sacerdocio.

En un editorial de «L'Osservatore Romano» se escribe: «La Iglesia Católica, comprometida en renovarse según las directrices del Vaticano II, va realizando un nuevo modo de ser, de pensar y obrar, que la acercan cada vez más a la tipología de las otras iglesias.» Y basándose en esto, vemos a algún periódico confesional indicar en sus titulares con optimismo: «La unidad de las iglesias cristianas, cada vez más cerca.» Esto nos presenta a los no teólogos, sino simples miembros del Pueblo de Dios, el interrogante indicado al principio: ¿Qué se entiende por unidad? ¿Es cierto que se ha avanzado algo en lo fundamental?

Naturalmente, que en lo que con muy buena voluntad podría considerarse *accesorio* aparecen señales de un mayor acercamiento de los católicos hacia los separados. Gran parte de nuestras iglesias han desterrado todo acto de culto que no sea la «celebración Eucarística» (ex Misa). Nuestros templos, desterrando imágenes y otras cosas, ya empiezan a tener la frialdad de los templos luteranos y similares. Sabemos de cierto pastor de una de estas sectas que en una de sus reuniones hacía notar precisamente este último aspecto, en el que, por fin, los católicos empezábamos a parecernos a ellos.

Pero ¿y en lo fundamental? Bueno sería conocer las metas que son necesarias para proclamar que se ha conseguido la unidad entre los cristianos y con todos aquellos separados que de alguna forma admiten a Cristo. Quienes ven tan próximo este objetivo, ¿con qué fases de algunas de las que enumeramos considerarían que ya se había conseguido?

a) Cuando los contactos con otras confesiones consigan unidad de acción para promocionar a los países subdesarrollados, para defender la dignidad del hombre y para conseguir la paz mundial. Esto, no obstante, manteniéndose cada una en sus actuales creencias e imperando siempre la caridad;

b) cuando la Iglesia Católica ingrese en el Consejo Mundial de las Iglesias;

c) cuando se llegue a admitir por los católicos que la Iglesia son las sectas evangélicas en su conjunto, cada una con su parte de verdad y sin posesión por ninguna de la verdad plena;

d) cuando simplemente se acepte un Primado de Honor del Papa;

e) cuando exista una doctrina común sobre la Eucaristía;

f) cuando deje de considerarse por alguna de las sectas que el verdadero día de reposo es el sábado, y que la observancia del domingo es la señal de la Bestia de que habla el Apocalipsis;

g) cuando ninguna secta, incluido el Ejército de Salvación, rechace el Bautismo, y sin obstinarse en que *necesariamente* ha de ser por inmersión;

h) cuando sea aceptado que la justificación no es solamente la fe, o sea, la simple confianza en los méritos de Cristo;

i) cuando exista diferenciación por todos, entre el sacerdocio común de los fieles y el de los sacerdotes consagrados por imposición de las manos;

j) cuando haya coincidencia sobre la no ordenación de señoras;

k) cuando por todos se proclame la Virginidad de María, antes, en y después del parto;

l) cuando haya coincidencia sobre el culto de los Santos, veneración de reliquias y de imágenes;

m) cuando el Papado no sea considerado por ninguno de los separados como un signo del Anticristo;

n) cuando a las fuentes que conocemos de la Revelación no haya que añadir, por ejemplo, el «Libro de Mormón» de José Smith, o los escritos proféticos de la señora Elena G. de White, o también las inspiraciones de alguno de los «profetas» que tenemos por acá.

Muchos puntos más de divergencia podrían citarse. Naturalmente que hay muchos católicos, incluidos sacerdotes, que ya personalmente han solucionado estos problemas, sin que se les desautorice; más distanciados que muchos de los oficialmente «separados», sin saber lo que creen de la Eucaristía, sin hacer caso al Papa, sin fe en la Iglesia a la que pertenecen, sin aceptar la existencia del infierno, etc., se resisten a desprenderse del nombre de católicos para poder seguir esparciendo sus errores dentro del catolicismo. Con ellos, la unidad de las iglesias no está cerca, sino que ha llegado: unidad en la confusión. Frente a estas posturas, la que el Papa recomienda a los católicos ante la difícil tarea ecuménica estimulada por el Concilio Vaticano II: «Una respuesta genérica y válida para todos. Ser católicos auténticos, convencidos, profundos, buenos.»

Y la verdadera unidad, no la ficticia, llegará cuando Dios quiera.

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1964)

AÑO IX - NUM. 421 - 22 ENERO 1972

DIRECCION Y REDACCION:

Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1.— MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	13 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	300 ptas.
Anual	550 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

DIRECTOR:
JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

13 PTAS.

SEGLARES DARAN LA COMUNION

El Cardenal-Arzobispo de Madrid, don Vicente Enrique Tarancón, ha autorizado a los laicos a distribuir la Sagrada Comunión en las misas que se celebren en el territorio de la Archidiócesis, si bien a título de experimento y por un plazo de tres años.

Dos puntos de reflexión me sugiere tal autorización, los cuales fundamento en lo que está ocurriendo en otros lugares de la geografía española. Dos puntos de reflexión en forma de pregunta. Helos aquí:

1.º ¿Serán designados para tal menester de distribuir la Sagrada Comunión laicos o fieles de todas las tendencias o sólo los de una, de los así llamados «progresistas»? (Tenemos —repetimos— experiencia de esto. Sólo suben al altar en determinado lugar de culto y Casa de Dios para hacer las lecturas de la misa, etc., feligreses muy «aggiornados», muy de la cuerda del Párroco, que no es precisamente de la cuerda tradicional o de la «vieja ola».)

2.º Si para la sagrada función de distribuir la Santísima Eucaristía ha de echarse mano de los seglares, ¿por qué se consiente que, mientras tanto, haya sacerdotes trabajando en fábricas, comercios, oficinas, etc.? ¿Por qué no estar cada uno en su sitio? ¿Por qué el seglar en el altar y el clérigo, el ungido, en el puesto civil de trabajo?

Esto nos lo preguntamos los que —sin petulancia lo decimos— tenemos alguna ilustración religiosa... ¿Qué no se preguntará el pueblo llano y sencillo, que ya no sabe qué pensar ni qué creer ante tanta cosa, ante tanto cambio, ante tanto experimento y tanta... anarquía?—FELIX QUINTANA.

"Complot contra la Iglesia"

15

Por MAURICE PINAY

D) RUMANIA

34. Ingeniero Schnapp, director administrativo del periódico comunista «Romania Libre», el segundo diario comunista en tirada, también judío.
35. Jean Mihai, jefe de la Cinematografía rumana (propaganda comunista a través de las películas), judío cuyo nombre era Iacob Michael.
36. Alejandro Graur, director general de la Sociedad Rumana de Radiodifusión, totalmente al servicio del partido comunista. Profesor judío llamado en realidad Alter Brauer, originario de Bucarest.
37. Mihail Roller, presidente de la Academia Rumana, un oscuro profesor judío totalmente desconocido antes de la llegada de los soviéticos a Rumania. Escribió una «nueva historia» del pueblo rumano falsificando las realidades históricas.
38. Profesor Weigel, uno de los tiranos de la Universidad de Bucarest que dirigía la depuración permanente de los estudiantes rumanos abiertamente hostiles al régimen comunista. Judío.
39. Profesor Levin Bercovich, otro tirano de la Universidad de Bucarest que controlaba con sus agentes la actividad de los profesores rumanos y sus relaciones sociales. Judío llegado de Rusia.
40. Silviu Iosifescu, el «crítico literario» oficial, que ha «censurado» y cambiado la forma y el fondo de las obras de los mejores poetas rumanos, como Eminescu Alecsandri, Vlahutza, Carlova, etc., todos muertos hacía más de medio siglo, porque aquellas poesías no estaban en concordancia con las ideas marxisto-comunistas. Este «asesino literario» era un judío llamado Samoson Iosifovich.
41. Ioan Vinter, el segundo «crítico literario» marxista del régimen, autor de un libro titulado «El problema de la herencia literaria». Judío de nombre Iacob Winter.

Los tres ex secretarios de la Confederación General del Trabajo hasta 1950, o sea, Alejandro Sencovich, Mischa Levin y Samuel Asriel (Serban), eran todos judíos.

E) YUGOSLAVIA

1. El mariscal Tito, cuyo verdadero nombre judío es el de Iosif Walter Weiss, originario de Polonia.
2. Moisés Pijade, secretario general del partido comunista y, en realidad, la «eminencia gris» del régimen. Judío sefardita.
3. Kardelj, miembro del Comité Central del P. C. yugoslavo y ministro de Asuntos Exteriores, judío de origen húngaro llamado en realidad Kardayl.
4. Rankovic, miembro del Comité Central del P. C. yugoslavo y ministro de Asuntos Interiores, judío austríaco llamado antes Rankau.
5. Alejandro Bebler, miembro del Comité Central del P. C. y delegado permanente de Yugoslavia, judío austríaco.
6. Ioza Vilfan (Joseph Wilfan), consejero económico de Tito, en realidad el dictador económico de Yugoslavia, judío de Sarajevo.

Como en Yugoslavia no había tantos judíos como en otros países, encontramos mayor número de nacionales en el Gobierno comunista de su país, pero siempre en puestos secundarios, porque los principales dirigentes judíos antes señalados eran los que, en realidad, dominaban totalmente el Gobierno yugoslavo. (Traian Romanescu, ob. cit., págs. 185 a la 214.)

Numerosos autores católicos han realizado estudios estadísticos que también demuestran que el comunismo es obra judía. En el libro «La guerra oculta», de Malinskii y de Poncins, edición italiana, Milán, 1961, se incluye un apéndice de monseñor Jouin con datos estadísticos muy reveladores al respecto. Es importante también el estudio sobre la materia aparecido en Roma con el título «La Revoluzione Mondiale e Gli Hebrei» («La revolución mundial y los hebreos»), publicado por la revista de los jesuítas de la Ciudad Eterna titulada «Civiltá Catolica» en el opúsculo 17.316 del año 1922.

CAPITULO IV.—LOS FINANCIEROS DEL COMUNISMO

La judería internacional tiende en conjunto al socialismo comunista de Marx, realizado por ellos actualmente en la URSS y en todos sus países satélites, porque el comunismo es la meta inmediata de sus aspiraciones de dominio mundial y de poder omnímodo sobre todos los pueblos de la Tierra. Siempre han manifestado tal criterio y, desde el principio, han tendido conjuntamente a este fin.

Este resultado final comunista es concebido por todos los judíos como su propia meta con una absoluta unanimidad, aunque muchas personas no judías, defectuosamente informadas o intencionalmente engañadas, piensen que el gran número de judíos multimillonarios que hay en el mundo y que incluso dominan las finanzas mundiales tienen que estar situados frente a esa tendencia que trata de arrebatarles sus riquezas...

(Continuará.)

Los Cursillos de Cristiandad y Monseñor Dadaglio

Reforma de estructuras y conversión de las personas

¿Leyeron ustedes, en nuestro número de la semana pasada, las revelaciones de don Eduardo Bonnín, respecto de las especiales estructuras desjerarquizantes y extraeclesiásticas de los Cursillos de Cristiandad? Si las leyeron y, naturalmente, se asustaron, se asustarán ustedes mucho más al leer lo que la «Hoja Diocesana» de Vich acaba de publicar. Que es textualmente esto:

El Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Dadaglio, dirigió a los participantes en la *IV Convivencia nacional de Cursillos de Cristiandad* unas palabras en que, analizando la situación actual de la Iglesia, destacó el lugar que en la renovación corresponde a los Cursillos de Cristiandad. Entre otras cosas dijo:

«Quien haya seguido de cerca las vicisitudes de la vida de la Iglesia en estos últimos años, fácilmente se habrá podido convencer de que el Concilio ha lanzado sobre ella una oleada de aire fresco y de que el Espíritu Santo renueva a pasos acelerados la faz de la tierra...

Oteando el panorama del mundo eclesial, pudiéramos decir que el deseo de reforma y cambio de las estructuras se ha convertido en la obsesión inquietante de bastantes personas que, no contentas con lo que se va haciendo, quisieran ver transformadas todas las cosas en un abrir y cerrar de ojos. Todos los esfuerzos e ilusiones son laudables, como ha dicho repetidas veces el Santo Padre, cuando se hacen con el orden debido y guardando fidelidad a los principios del Evangelio y al espíritu que dio vida a las distintas instituciones...

La experiencia nos está enseñando, por otra parte, que, mientras arrecian las voces pidiendo la transformación de las estructuras, no se advierte con frecuencia una auténtica conversión de los individuos que, al decir del Concilio, es el requisito previo e indispensable para que se consiga aquélla. Faltan santos y éste es quizá uno de los vacíos más lamentables que padecemos en estos momentos.

Concretándonos ahora a los Cursillos de Cristiandad, por cuya experiencia todos hemos pasado, es digno de encomio todo lo que vienen haciendo en estos últimos años para encuadrar plenamente las actividades del Poscursillo dentro de las directrices del Vaticano II y del Magisterio de la Iglesia. Los Cursillos deben ser el gran instrumento de renovación cristiana que pueble de santos los ámbitos todos de la Iglesia. *En los tiempos que corremos, poco o nada valen los extensos tratados de apologética; la defensa de Dios y de la Iglesia hay que escribirla con la vida ejemplar de los cristianos.*»

Del Fondo de Resistencia de ¿QUE PASA?

Informamos a nuestros queridos cooperadores y lectores, en general, de la situación de estos fondos providenciales:

	Pesetas
Saldo disponible anterior	216.617,48
Nuevas aportaciones	
Un religioso, asiduo lector	1.000,—
Don J. A. P.	100,—
Una quepasista mallorquina	1.000,—
Un religioso catalán	1.000,—
Suman las aportaciones	219.717,48
Gastos suplidos por cuenta de la Administración	
Servicios y atenciones de la Dirección y la Redacción, debidamente justificados, durante el mes de diciembre de 1971	3.754,—
Saldo disponible al 13 de enero de 1972...	215.963,48

ESPERPENTOS DE AYER Y DE HOY

De don Ramón María del Valle Inclán, al "Santiago para todos"

Por Joaquín Pérez Madrigal

Al «*eximio escritor y extravagante ciudadano*» don Ramón María del Valle Inclán —así le denominó el General Primo de Rivera en tiempos de la Dictadura— se le va a eregir una estatua en Madrid. Quienes alcanzaron a conocer personalmente al imponente don Ramón y tuvieron la fortuna de escucharle, con su ceceo, opiniones, invectivas y definiciones sobre lo divino y lo humano que le sugerían los bramidos de aquella España incómoda, no tendrán más remedio que reconocer en el autor de las «Sonatas» la concurrencia de altísimos y singulares dotes, contradictorias a veces, pero portentosas y sorprendentes siempre de buen genio de las Letras, manejadas con las palabras cabales; y de mal genio de las armas, que excitaba a tomar a uno, en no pocas ocasiones, para defenderse de sus audaces insolencias y contraatacarle. Pero en todo caso —eso era lo admirable— don Ramón al atacar lo que fuese lo hacía con tal belleza y justeza en la expresión imprecatoria o definitoria, que amigos y adversarios concluían por reconocer en don Ramón a un escritor y a un hombre de talento y talante fuera de serie. Sin embargo, al don Ramón María del Valle Inclán, al genio bueno de la prosa áurea, de los primorosos relatos, de las alucinantes farsas y de los esperpentos cincelados, le privaría de triunfos multitudinarios, con su complemento de penuria, el predominante mal genio de su mordacidad intemperante y agresiva... Don Ramón María del Valle Inclán no se casaba con nadie. Se las cantaba al lucero del alba. Cual mandatario egregio de una especie de Conciliábulo Carpetano, reunido para decencia y lustre de la República de las Letras, sentíase *renovador, reformador* de la fe, de la dignidad, de la ética y la estética de las gentes. Y así se decía y practicaba: SOY LEAL A LA VERDAD. DESCONOZCO LOS OPORTUNISMOS. AFIRMO MI INDEPENDENCIA ANTE TODA POLITICA PARTIDISTA, ANTE TODO GRUPO DE PODER, ANTE TODO GRUPO DE PRESION. (*Añoveros, Bilbao.*)

Y también proclamaba: «NO ENTIENDO ESAS EXPLICACIONES POLITICAS QUE SE DAN ALGUNAS VECES PARA JUSTIFICAR ACONTECIMIENTOS O CONDUCTAS.» «YO NO PUEDO SER HOMBRE DE GRUPO, DE PARTIDO, DE TENDENCIA..., he de «MANTENER EL EQUILIBRIO DE LA VERDAD» AUNQUE TERMINE POR SER «CRITICADO POR TODOS». (*Enrique y Tarancón. Madrid.*)

A la España secularizadora y «aggiornante» de su tiempo, la de las letras estallantes y flamígeras y la de las armas blancas, explosivas y de percusión, el gran don Ramón fue un precursor arriscado, independiente y libre, de la Reforma Social, ética y estética, en base del hominismo todopoderoso, del hombre dios, incorrupto e incorruptible. Y, claro, fue eludido, alejado, «criticado por todos».

¡Quién había de decirnos a los corruptos y corruptibles españoles que conocimos a don Ramón que hoy, cuarenta años después de su mayestática odisea y su oscura y silenciosa muerte, iban su espíritu y su obra a renacer pujantes y triunfales en librerías y escenarios y que su arquitectura humana modelada en bronce, sobre plinto marmóreo, sería plantada —como reto a la posteridad— en una avenida principal de la Villa y Corte.

Para quienes, como yo, hemos vivido y recordamos lo que demasiados españoles quisieran olvidar, es interesante, aunque sólo sea como pasatiempo imaginarse a genios y a ingenios de la palabra y de la pluma, como Valle Inclán —ya desaparecidos—, vivos y activos en este tiempo, inmersos en las nuevas modas y modos, y constreñidos a cumplir las leyes de Derecho Público vigentes.

Periodistas, publicistas, críticos de la talla y los bríos de don Ramón del Valle Inclán, ¿cómo se las arreglarían para coexistir con el artículo 2.º de la Ley de Prensa e Imprenta sin romperlo ni mancharlo, sin romperse ni mancharse? He ahí un prodigio de destreza y de pureza moral y mental que justo es reconocerle al periodista de nuestro tiempo. Y también a la ausencia o benevolencia de los inquisidores.

Como saben ustedes, por el artículo 1.º de la Ley de Prensa se establecen el derecho a la libertad de expresión de las ideas y el derecho a la difusión de cualesquiera informaciones por medio de impresos. Y por el artículo 2.º se determinan las limitaciones de aquella libertad y aquel derecho; tales limitaciones son saludables, pertinentes y, sobre todo, concretas. Pero hay una limitación demasiado vaga, lata y extensiva, merced a la cual y a la incógnita estimación del juzgador, que lo mismo puede ser trampa aprehensora que escapatoria feliz. Me refiero a esta limitación: *el debido respeto a las personas en la crítica de la acción política y administrativa.* Y no digamos si se trata de personas en el ejercicio de autoridad, propia o delegada.

Pues bien, «*la libertad de expresión de las ideas y el derecho de información por medio de impresos*» tienen las pertinentes limitaciones. Bien. ¿Pero por qué no tienen las mismas limitaciones en los medios de la Radiodifusión y la Televisión? No es de creer que verdaderos «esperpentos» sacrílegos, transmitidos por la pequeña pantalla el pasado día 7, como el titulado «Santiago para todos» no merezcan, con la condenación indignada de la conciencia católica española, una condigna sanción penal y administrativa de parte del Poder Público. ¿Es que aquel escarnio escenificado, de cerca de dos horas de duración, no fue introducir en millones de hogares católicos la más atroz y repugnante diatriba —sarcasmo e ironía insultantes— contra la fe, la dignidad, el nombre y el renombre de las personas de España en su Dios, en su Iglesia, en su Historia?

A buen seguro que de vivir hoy don Ramón del Valle Inclán, y de haberse estrenado el punible «*Santiago para todos*» de la Televisión en un teatro madrileño, el insobornable e intemperante don Ramón, de hallarse en la sala, hubiera repetido el episodio inolvidable que, en noche de estreno, en la época de la Dictadura, protagonizó bizarramente. Hoy, ante el inconcebible insulto a la Religión Católica, a la ética y a la estética del hombre social y religioso, hubiera «pateado» como pateó aquella noche.

Aquel «suceso» fue así:

—Ezto ez inaguantable —gritaba Valle Inclán desde su butaca—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Con los pies, con el bastón, golpeaba iracundo el entarimado del suelo e increpaba al autor, a la obra, a los cómicos...

—Zoiz unoz follonez! ¡Unos malandrinez! ¡A la cárcel! ¡A la cárcel!

El agente de Policía que estaba de servicio en el teatro se acercó al insigne escritor y, cortésmente, le dijo:

—¡Señor, tenga la bondad de callarse! No tiene usted derecho a promover este escándalo... La obra no provoca ni ofende.

—¿Que no provoca ni ofende ezo? —se encolerizó don Ramón—. ¡Ezte hombre ez un cretino! —gritó y señaló al agente—. ¡Zólo un cretino no puede zentirze ofendido por eza bazofia que le arrojan a la cara!

—¡Caballero! —se entonó el policía—. ¡No me desacate ni injurie! ¡Yo soy la autoridad!

—¿La autoridad uzted? —vociferó el famoso escritor—. ¿Autoridad uzted en ezta materia de la pláztica teatral y del lenguaje? ¡La autoridad zoy yo y el perturbador uzted! Y con mi autoridad le digo que ze vaya, que ez uzted un cretino... ¡Cretino!...

Lógicamente, el agente de Policía procedió, no sin violencia, a detener a Valle Inclán. Se lo llevó a la Comisaría de Vigilancia, presentándole como autor de un delito de injurias a la autoridad.

Entre el insigne orfebre de las «Sonatas» y el señor comisario del distrito se desarrolló este diálogo:

—¿Es cierto —preguntó el comisario— que ha injuriado usted a este agente de la autoridad cuando se hallaba cumpliendo con su deber?

—Yo no he injuriado a nadie...

—¿Cómo que no? —insistió el comisario—. Usted le ha llamado cretino.

—Zi, zeñor...

—Pues eso es una injuria...

—No, zeñor comisario. Ezo no ez una injuria. El agente ze puzo a dizcutir conmigo, que zoy una autoridad literaria, zobre laz excelenciaz de una comedia que ez un azco. Afirmaba ezte agente, zin autoridad para ello, lo mizmo que yo, con autoridad innegable, negaba...

—Pero usted le injurió. Le llamó a grandes voces cretino...

—Le llamé cretino. ¡Claro eztá que le llamé cretino!...

—Pues eso es un delito, eso es una injuria...

—Ezo no ez delito, ni ez injuria... Ezo ez una definición...

—o—

Por públicas, estruendosas definiciones semejantes a las relatadas mereció el muy pronto monumentalizado protagonista la frase lapidaria que le aplicó el Dictador: «*el eximio escritor y extravagante ciudadano don Ramón María del Valle Inclán*». Este, en definitiva, fue un sublime, un bellísimo esperpento, cuya obra, menospreciada en vida, se convierte en triunfos, laureles y pecunia para sí y para sus herederos. El estilista eximio le ha ganado la batalla al ciudadano extravagante. Pero ¿y los hombres de letras de hoy? ¿Y los ciudadanos de hoy? Desgraciadamente, de los esperpentos contemporáneos, como el autor de «*Santiago para todos*» de la Televisión sólo podría hablarse ante los Tribunales de Justicia. Porque enjuiciarles y definirles libremente, como escritores y como ciudadanos, nos lo veda el miedo al artículo 2.º de la Ley de Prensa, que es demasiado lato. ¿Hasta dónde debemos respeto a las personas, con autoridad o sin ella, que no respetan a Dios, ni a Santos, Reyes, Obispos y Sacerdotes?

Ha dicho el nuevo Obispo de Bilbao: "Ni vencedores ni vencidos"

¿Y "sin política partidista ni grupos de presión"?

Por fin, Obispo en Bilbao. Pero ¿es que ha dejado de haberlo desde la creación del obispado? Monseñor Añoveros, en su alocución inaugural, nombró a sus TRES predecesores. En efecto, ¿Monseñor Cirarda hubiera obrado de distinto modo al que obró a ser obispo titular? Eso de Administrador es pura cuestión de nombres.

¿Y cuál su programa? «No traigo ninguno preconcebido», pero «es natural y lógico que preguntéis cuáles son mis sentimientos». Gran expectación. ¡Está esto tan revuelto y cismático! ¡Se ha provocado (?) tanto al clero vizcaíno al apartamiento de la Iglesia institucional! ¡Se oyen tantas cosas por radio Euzkadi! ¿Y no son un programa los sentimientos aludidos? Además se dijo en el decurso de la homilía: «parte de mi programa, lo que pudiera ser injusto y lesivo a la libertad y derechos del hombre, a la verdad y al amor; salvar a los que hayan pecado contra esos valores; defender a las personas que pudieran padecer o que padezcan por dichas causas; recordar a los queridos sacerdotes que «os encontréis en situaciones dolorosas de privación de libertad, de alejamiento»...

Homilía evangélica, y como tal, valiente e independiente, según la trayectoria seguida en la diócesis gaditana. Viene, pues, entrenado, y va a llamar al pan, pan; y al vino, vino; a lo que lo es desde su punto de vista. Si objetivamente lo es, ya sería o no harina de otro costal y discutible. Sólo hay un infalible. Homilía evangélica, pero nos va a permitir Monseñor Añoveros que la veamos también política, aunque se proponga «independencia ante toda política partidista y de grupos de presión». Además homilía decepcionante y discriminatoria. Ha de ser así si el Espíritu Santo acertó al decir que «de la abundancia del corazón habla la boca». Homilía histórica, dada la crisis política, religiosa y sociológica—todo en una pieza—de Vizcaya.

Tratemos de justificar esas apreciaciones para que no se nos tenga por mendaces. Quiere hablar Monseñor Añoveros «sin retóricas oportunistas». «No me perdonaría hablar con halagos de circunstancias». «Me sentiría desleal» si así no hablara. Y lo hace «con la sinceridad de un navarro». (Entre paréntesis, ¿se quiere decir con ello que en otras regiones no se es tan sincero? Si se es, modestamente opino que la expresión hubiera debido ser «sinceridad de un español»). No quiere halagar, porque «bien sabéis que los vizcaínos y navarros—todos vascos—somos poco amigos de lisonjas, pero sí de lealtades». (Hágase análoga observación a la anterior, y además recuérdese que no *todos* los vizcaínos son tan amigos de lealtades. Precisamente en «esta tierra noble y cristiana de Vizcaya» se cometió contra la Patria y... contra la Iglesia la mayor deslealtad y felonía que recuerda su historia). Ensalza las tradiciones, cultura, empresas, lengua vasca, etc., y esto «le brota del corazón». No se perdonaría no decirlo. Deslealtad silenciarlo. Nada que objetar por nuestra parte, sino aprobar que todo eso *se sienta*, porque el amor a la patria chica, lejos de ser incompatible, es consustancial al de la Patria grande. Dos amores en uno, como uno son el amor a Dios y al prójimo. ¿Pero tan obligado, tan necesario, tan oportuno es que todo eso *se diga* en un sermón? Luego la Religión y la Patria, la Iglesia y el Estado han de ir unidos. Si no, pudo ahorrarse el parrafito, sobre todo si se tienen en cuenta silencios discriminatorios imperdonables. Estos por lo visto no le brotaban de su corazón vasco-navarro. Esto sí que se lo perdona.

Homilía decepcionante, porque «ni vencedores ni vencidos». Luego ha habido batalla. Y reñida. ¿Cuál? ¿Civil, política, religiosa, clerical, de ayer lejano o de hoy? ¿Quiénes los vencedores y quiénes los vencidos? ¿Quiénes «los que han pecado contra la justicia, la libertad, la verdad y el amor, a los que hay que salvar»? ¡Vaya usted a precisar esas nebulosas ambigüedades y a penetrar el pensamiento de Monseñor Añoveros! Pero si anda de por medio el Consejo Presbiterial de marras, rebelde, cismático, condenatorio del procedimiento papal, y con todo «ni vencedores ni vencidos», ¿no hay vencedores? ¿*Todos* iguales, y aquí no ha pasado nada? Luego ya tenemos de entrada impune otro encierro de Derio. Sr. Añoveros, ya se ha ganado usted *toda* la simpatía y confianza de *todos* sus diocesanos. Le auguramos un feliz y fecundo pontificado.

Homilía discriminatoria, porque ¿quién no ve que va dirigida exclusivamente a los *hijos de Vizcaya*? ¿Y los demás nada cuentan? ¡Con los que son! Si se hacen números, ¿no resultarán mayoría o muy cerca de partes iguales? Este enorme contingente de hijos de España—no de Vizcaya—, el que está empapando y reblandeciendo con su sudor el dinero vizcaíno, lo esponja para que suba como la espuma, la cual bajaría de modo espectacular si hoy esos emigrados regresasen en bloque a sus puntos de partida. Pues para éstos ninguna «reflexión ni saludo». Eso se queda para los *hijos de Vizcaya*. «En testimonio de amor» hacia ellos se recitó en vascuence una oración a la Virgen. Pero como son minoría los que en Vizcaya lo hablan, y más minoría los que lo saben leer y escribir, ¡qué pocos deben ser los *hijos de Vizcaya*! ¿Y no merecen por ello amor ni reconocimiento, por su relevante idiosincrasia y su rica complejidad? ¿Y quién lo niega? Sólo se afirma que no hubo reconocimiento expreso y explícito para los otros. Se echó de menos el cumplido cuando en toda la homilía se anduvo a vueltas con Vizcaya. Exactamente con los hijos de Vizcaya.

¿Que el cumplido ya se supone, y va implícito en el saludo «diocesanos todos», y en la indiscriminación entre judíos y griegos?

Leído cuanto antecede, juzgue el lector si Monseñor Añoveros puede hablar y convencernos de independencia ante toda política partidista, ante todo grupo de presión. Puede que sí. Los hechos habrán de hablar más que las palabras. Yo me recelo que habrá un vencedor, que será el Consejo Presbiterial, y todos los Consejos que le sucedan, por una razón sencillísima: todos sabemos por quiénes y cómo se trabajan y manipulan hoy en todas partes las «democráticas» elecciones clericales. ¿Quién es el guapo que lo puede remediar?

Para terminar no estará de más un dato para mí curioso y sintomático. ¿Conocen ustedes la revista «*Mundo*»? Si la conocen, no tengo que decirles cómo respira en las cuestiones políticas, sociales y religiosas que nos agitan, dividen y enfrentan. Ese semanario, desde hace cuatro años, somete a votación de sus adictos el «personaje español del año». ¿Saben quién triunfó el segundo año? Monseñor Cirarda. ¿Y este fenecido 71? Picasso. ¿Y el primer año, el 68? Monseñor Añoveros, en segundo lugar.

Por ello opino que no hará tan malas migas con su Consejo. Ante todo ya habrán quedado desvanecidos los aspectos negativos (?) que al Consejo se le antojaron en el nuevo obispo, quedando los positivos, que no sabría yo enjuiciar, dado que son los reconocidos por tal Consejo. Me sospecho también que su «Manifiesto» reprobatorio fue sólo una campanada muy estudiada, cuyo ruido respondería más a otras nueces que a las aparentes o simuladas. Al tiempo.

GREGORIO VAZQUEZ, O. D. R.

Falsos Cristos y falsos profetas

Por JOSE VARELA

No es nada nuevo que en los tiempos de gran confusión e ideas vanas en el campo de lo religioso se levanten falsos Cristos y falsos profetas. No es sorprendente, por repetido en la Historia. Ya nos lo había dicho el Señor, para que cuando sucediese contáramos con ello. Tal acontece en nuestros días. Hoy son legión los que, según ellos nos dicen, andan a la busca y configuración de un Cristo que nada o muy poco tiene que ver con el del Evangelio. Y en esa legión quiso alistarse y militar, a lo que parece, Jaime Capmany. Acabo de leer un desdichado artículo suyo, titulado «El retorno de Cristo», y aparecido en un diario de provincias. Artículo en el cual, dando una de cal y otra de arena, y a vuelta de muchos halagos a los jóvenes, moda al uso en nuestro tiempo, diserta a su placer sobre un Cristo como a él le agradaría. A modo de espécimen, traslado para el lector este párrafo: «A Jesús le llaman los jóvenes. Cristo vuelve a nosotros; Cristo vive entre nosotros.» Parece como si Cristo, después de envejecer durante siglos en nuestras oraciones aprendidas, en nuestros aprendidos catecismos y en pálidos y desanimados latines, hubiese, de pronto, rejuvenecido. Parece como si Cristo esté naciendo de nuevo entre nosotros en el campamento, en el pesebre —en el heno, es decir, en el estiércol— de cualquier colonia «hippy». Como pueden ver, el parrafito no tiene desperdicio. No juzgamos de las intenciones. Pero si queremos y debemos decir «en román paladino» que, puesto el articulista de intento a disparatar en torno a la sacratísima figura de Cristo, no le habría salido mejor. En casi todo el artículo hace gala de este desenfado irreverente. Aunque nos apena leer cosas de tal jaez, ni por asomo se nos ocurrió, después de la lectura, escribir una refutación al artículo de que nos ocupamos. Bien patente queda en el tono de enfática y suficiente seguridad con que don Jaime dogmatiza sobre lo divino y lo humano, que ningún efecto saludable le haría cuanto le pudiéramos decir a base de doctrina sólida y contradiciendo sus afirmaciones. Pero lo que no he podido menos de preguntarme con dolor, una y otra vez, al tiempo que recordaba la exclamación ciceroniana «o, tempora» es esto: Y ¿qué autoridad, aun con sus laureles periodísticos, puede tener don Jaime Capmany, que así se lanza, en estas cuestiones, a definir y adoctrinar, «para mayores y pequeñitos», sobre la auténtica figura de Cristo? ¿No le da miedo aventurarse en un terreno en el que revela andar bastante a tientas? El que la religión sea para todos y patrimonio común no quiere decir, ni mucho menos, que todos puedan sentirse en ella maestros. A buen seguro que si a él, galardonado periodista, le fuese algún bisoño principiante de las lides de la pluma con la pretensión de enseñarle cómo se escribe un artículo, lo hubiera despachado con una sonrisa displicente y burlona. Permítanos este consejo que le damos de buena intención. No se meta a teólogo, que lo hace mal. Deje que cada cual entienda de lo suyo. Y acuérdese de aquella máxima tan repetida y hoy prácticamente olvidada: «Doctores tiene la Iglesia...» Aunque temo seriamente que de muy poco le van a servir las reflexiones que le brindo a causa de la razón apuntada más arriba. Porque ya se sabe: en nuestro mundo y en tantas cosas, «audacia es el juego».

Las memorias de la Reina Federica

Por MANUEL DE SANTA CRUZ

La tradicional vacación política de la Navidad fue amablemente interrumpida este año por un acontecimiento social con interés político. En el Club Pueblo, de Madrid, don Emilio Romero, siempre atento a la actualidad, presentó el libro «Memorias de la Reina Federica» y la propia egregia autora pronunció unas palabras. Con ella y la Princesa Doña Sofía asistieron altísimas figuras de la política, de la administración, de la aristocracia, del arte y de las letras; lo que se llama, un poco convencionalmente, «el todo Madrid». Los diarios de la capital publicaron extensas reseñas del brillantísimo acto y también capítulos del libro; igualmente han procedido varias revistas nacionales importantes, escogiendo todos para su difusión los fragmentos del relato más en consonancia con su línea de pensamiento o con la idiosincrasia de sus lectores. Estos días muchas personas leen este libro, que seguramente será pronto un *best-seller*. Es natural que los políticos, y aun los meros aficionados y seguidores del acontecer nacional e internacional, quieran saber cómo piensa una de las personas evidentemente vinculadas a él. Es una reacción general ante todas las memorias de estadistas, que son ávidamente escrutadas por amigos, enemigos y aun simples curiosos y neutrales, a la búsqueda de puntos de referencia para fijar sus actitudes y conductas. No serían éstas prudentes si no se basaran en el conocimiento de la mentalidad de todas las demás personas presentes con más o menos diligencia y visibilidad en el gran juego. Ofrecemos a nuestros lectores un resumen o guión del libro, ciñéndonos lo más posible a su letra y dejando para muy pronto nuestros propios comentarios.

● La Princesa Federica de Hannover nació en el seno de una familia real antiquísima, que ha ido dando miembros a todas las casas reales europeas hasta hoy. La descripción de su relación con ellos, al principio del libro, se hace después a lo largo de éste dinámica y operativa, y muestra cómo esos parentescos aristocráticos pueden complementar a las diplomacias oficiales de los estados para llegar donde ellas no pueden y conseguir cosas de las que desesperaron. Es prima de Lord Mountbatten, que recientemente ha visitado España. Se educó en Florencia, en «una escuela superior norteamericana» patrocinada por la Sociedad de Naciones. «En ella se abrieron mis ojos a los problemas internacionales. Me hice pacifista y escribí una tesis sobre las posibilidades de terminar con las guerras.» Su educación religiosa fue confiada a un pastor protestante. Pero «después de la guerra ingresé en la Iglesia Ortodoxa Griega. Era la religión de mi pueblo, que había sufrido tanto y con el que cada día me sentía más identificada, por lo que pensé que también debía ser la mía.»

Se casó con el Príncipe Pablo de Grecia, hermano y heredero del Rey Jorge, de ese país, al que efectivamente sucedió, y de la Reina Elena de Rumania. La narración del noviazgo y de la boda, así como de las relaciones afectivas y personales de los dos esposos, a lo largo de las muchas vicisitudes de su vida, constituyen uno de los grandes temas diseminados por el libro.

Otro tema básico, el político, se inicia con los presagios de la invasión alemana. Sus padres y hermanos vivían en Alemania, y la aún Princesa Federica, cuando la contención del ataque italiano a Grecia, llevada fundadamente a sospechar de qué manera los alemanes resolverían la situación, les escribe una carta antes de quedar incomunicados, exponiéndoles la situación política internacional y las razones por las que Alemania debería desistir de invadirles y por las que ellos estaban decididos a resistir. Esta carta es muy interesante. Como las muchas otras sobre asuntos políticos que en el libro da a conocer. Este no es de gran rigor técnico, pero refleja la mentalidad y la psicología de la cumbre griega y cómo discurren, o al menos se inician, asuntos y negociaciones entre bastidores. Unas veces por cartas y otras por extensos relatos en las que van engarzadas, conoce el lector por menudo los tremendos sufrimientos del pueblo griego en la Segunda Guerra Mundial. Invadida Grecia, la Princesa huye con sus hijos a Creta y a Egipto y se refugia finalmente en Sudáfrica.

Aquí hizo gran amistad con el presidente, general Smuts, que apadrinó a la Princesa Irene, que nació en la Ciudad de El Cabo. «El general agrandó mi inteligencia y me inició en los misterios de la filosofía y de la ciencia. Me explicó la teoría de su filosofía, el «holismo» (...). Sus ideas sacaron de la infancia a mi inteligencia para llevarla a la cúspide de su capacidad. Me enseñó a pensar y a dudar de todo lo que no puede probarse (...). El general Smuts influyó enormemente sobre mí.» El «holismo» se expone con cierto detalle en el libro, y suscitó en la poco después reina de los helenos afición a las doctrinas evolucionistas, panteístas y de la reencarnación, que afloran varias veces a lo largo de estas memorias; su esposo muestra también esta manera de pensar en una de sus cartas. La amistad personal se extendió a una colaboración política aun después de la guerra. El libro incluye cartas de y a Smuts, que le asesoró extraoficialmente en los grandes problemas de la postguerra y fue su valedor en la ONU y ante Churchill y los norteamericanos.

Los sufrimientos de Grecia se prolongan después de la Segunda Guerra Mundial por la invasión de guerrillas comunistas. Ya antes de terminar la contienda, «algunos misteriosos servicios aliados permitieron a algunos dirigentes comunistas salir del país e infiltrarse en nuestras fuerzas. Los agentes aliados que trabajaban en Grecia mantenían contacto principalmente con los comunistas locales, lo que se reflejaba en sus informes sobre las opiniones políticas del pueblo griego (...). Los comunistas todavía no estaban bien organizados, aunque ya el dinero de los aliados llegaba en abundancia a sus manos (...). El movimiento comunista siguió adelante gracias al millón y medio en monedas de oro que los aliados le entregaron, con el que compraron armamento a los italianos. Pero no logró impedir la retirada de los alemanes. Entre Atenas y el norte del país no hay más que una línea férrea, y no se voló un solo puente para dificultar la evacuación alemana. Los comunistas tenían un gran interés en dominar Atenas y ocupar las demás capitales importantes (...). Durante los años 1944-48, los comunistas griegos negociaron la cesión de Macedonia a Yugoslavia a cambio del apoyo de este país a la insurrección comunista (...). De haber triunfado los comunistas griegos, Yugoslavia y Bulgaria se hubieran repartido nuestro país». El 29 de diciembre de 1949, la ya Reina Federica escribe al General Marshall y le describe la situación, y le pide confidencial y extraoficialmente ayuda contra los comunistas, porque, «desde hace algún tiempo, mi marido trata de averiguar si nuestros amigos americanos quieren que realicemos una operación de limpieza. ¿O acaso nuestros amigos quieren que llevemos a cabo únicamente una operación de contención para mantener el *statu quo*?»

En los años cincuenta se planteó la cuestión de Chipre. Inglaterra se negaba a ceder esta isla a Grecia, como era el deseo de la gran mayoría de sus habitantes. La Reina escribe a Churchill y le hace ver los sacrificios soportados por los griegos para resistir al Eje, en vez de plegarse a él tranquilamente, como hicieron sus vecinos, y la ingratitud de Inglaterra, que no quiere corresponder ahora con un acuerdo sobre Chipre. Churchill le contesta que la actitud inglesa sirve al propio bien de Grecia porque desde un Chipre inglés le podrán ayudar mejor en caso de una invasión rusa. También escribe la Reina a Marshall sobre este tema y otros. La sagacidad política de Doña Federica le lleva a viajar por los Estados Unidos en busca y fomento de contactos políticos importantes. Pero además visita allí laboratorios de física nuclear, y esto nos lleva a otro gran componente del libro, que es la ideología de su autora, en la que la física moderna ocupa lugar importante.

La Reina de Grecia expone su cosmovisión en los capítulos «Búsqueda y descubrimiento» y «La luz», pero está también presente en toda su obra. «De pronto perdí la fe en mí misma y en Dios. Sentí que la vida era algo horrible (...). Sólo pocos amigos conocían aquella gran crisis interna que de ninguna manera podía dejar traslucir (...). Como no tenía confianza ni en los psicoanalistas ni en los sacerdotes, no quise consultarles, convencida de que sus pensamientos tenían demasiadas fisuras y lugares comunes (...). Lo que tenía que buscar era el elemento invariable y unificador, ese «algo» que, si existiese, sería la clave para la solución de todos los problemas y la respuesta a todas las preguntas. Me acogí a la física nuclear», que ha descubierto que en último análisis la materia es energía. «Lo real y lo verdadero no es lo que observo, sino lo que no observo, lo que verdaderamente soy. Lo real y lo verdadero es la fuerza invisible (...). ¿Qué es este mundo en que vivimos? Es la fuerza invisible, con la que trabaja el científico llamándola energía. El teólogo puede llamarla Dios, «la Omnipotencia». Yo prefiero llamarla «lo invisible» (...). Mi punto de referencia para mi «Yo» es ahora esa fuerza invisible. Es la misma fuerza que es la esencia del universo visible, que, naturalmente, incluye asimismo a toda la humanidad (...). Estoy segura de que la clave de la interpretación filosófica está en la identificación adecuada para reconocer mi unidad con la sustancia fundamental que me hace armonizar con mis semejantes, con todas las criaturas y plantas. Todos somos hermanos. Más aún: ¡Somos Uno! Sirviéndoles me sirvo a mí misma. Esto se hace verdad sin necesidad de acudir al Cristianismo o al comunismo.»

En el capítulo «La luz» leemos: «La esencia de la religión es la misma en todas partes, siempre que esté cimentada sobre la verdad. Tenemos que aprender a conocer y adorar a Dios del modo que más nos convenga, pero también del modo en que lo hacen otros pueblos y otras razas, cuyas manifestaciones religiosas externas, tales como sus templos y sus ritos, no son sino formas diferentes de esta misma verdad. Llegará un día en que el hombre no necesitará preguntar a sus semejantes si son cristianos, judíos, budistas, hindúes o musulmanes.»

El lector español busca curiosamente desde el principio en el libro pormenores desconocidos del noviazgo y boda de la hija de la Reina Doña Sofía con Don Juan Carlos de Borbón. Sufre una desilusión en este punto, porque el libro, escrito originalmente en inglés y para todo el mundo, no es excesivamente pródigo en este tema. El párrafo más interesante es éste: «La boda de Sofía fue un acontecimiento extraordinario. Después de algunas conversaciones terriblemente difíciles con algunas personas que querían ser más papistas que el Papa, enviamos al Vaticano al señor Pesmazoglou, el más brillante de los abogados griegos. Las autoridades pontificias confirmaron nuestro punto de vista de que estando de acuerdo los padres de ambos contrayentes en que la boda se celebrase en Atenas, Sofía se casaría como Princesa ortodoxa en la Catedral Ortodoxa; pero puesto que su esposo era católico, se celebraría antes un matrimonio católico en la iglesia católica. Todos considerábamos esto lo más correcto, puesto que Sofía, cuando se convirtiera en Princesa española y abandonase Grecia, también se convertiría al catolicismo, cosa razonable y al mismo tiempo un tributo al pueblo al que iba a servir.»

Detalle curioso de la ceremonia es que «una enorme cola (del traje de la novia) era llevada por seis damas de honor, entre las cuales estaba... la Princesa Irene de Holanda, que poco tiempo después se casó con Don Carlos Hugo de Borbón Parma.

Desde Francia

Ahora, "la Comunión de los Santos son los Seguros Sociales"

Por A. ROIG

La Iglesia Católica, que hasta la víspera del pastoralista Vaticano II era el soporte moral más importante y acreditado de cuantos existen en el mundo, ha ejercido, fiel a su específica misión, su inmejorable influencia más allá de la esfera operativa escuetamente católica. Las reacciones adversas de los sectores abiertamente enfrentados contra la doctrina católica y sus concordancias de orden temporal estaban claramente definidas.

Pero cuando después del Vaticano II la Iglesia ha querido acomodarse, «insertarse» al «mundo moderno», ha venido perdiendo progresivamente gran parte de su ascendencia sobre la sociedad. Porque no podía quedar impune el que se haya prácticamente abandonado y dejado a disposición del «mundo»—que es uno de los tres enemigos del alma—a tantísimos millones de desamparados por su jerarquía. El hecho es grave. Porque la actual «civilización» (la sociedad ajena o enfrentada al concepto cristiano de la vida) se hunde, y el clero y consiguiente jerarquía que es fiel a la «desacralización», al acomodarse a los principios de la Revolución de 1789, precipita la destrucción de la Iglesia y del sacerdocio que quiso e instituyó Jesucristo.

Este actual estado de decadencia ha sido el que ha sustituido la predicación del evangelio por el «compromiso» social, por el «testimonio» revolucionario, por las cuestiones económicas, el «hambre en el mundo», la «distribución de las riquezas»...

Y en la cumbre... las palabras y los escritos no concuerdan con los hechos.

No me cansaré de testimoniar que en el ánimo de los católicos inclaudicables ha calado la impresión de que la nueva misa es una puerta abierta al protestantismo, al democratismo, al modernismo..., y esta es la causa de sus posteriores «interpretaciones», y apenas le queda un ligero barniz católico... La nueva divinidad, el «Pueblo de Dios» nos recuerda al «pueblo soberano» de la Revolución... Y al ser cambiada la Revelación por la Revolución se contribuye a la aniquilación del occidente cristiano. Porque nadie se cree hoy que los curas revolucionarios, las religiosas con minifalda, el caos litúrgico, la reaparición del instintivismo de bajos fondos de la naturaleza humana exaltados con la «educación sexual» en las escuelas llamadas católicas sean precisamente la manifestación del Espíritu Santo sobre la Iglesia. Los teólogos «modernos» y «conciliaristas» difunden clamorosamente sus dudas sobre la fe que dicen profesar. Nunca como ahora ha sido prostituida la caridad en desprecio de la verdad, como si ello fuera la característica de estos tiempos: caridad hacia los sepultureros de la fe, aunque éstos sean cardenales, obispos o presbíteros.

En suma, sigue su marcha un plan de destrucción total de la Iglesia puesto de nuevo en marcha hace unos diez años y preparado inmeditatamente después de la muerte de Pío XII. Y ya que de Pío XII acabo de hacer mención, es oportuno recordar aquí un hecho reciente y muy significativo: «La cruz pectoral del Papa Pío XII, puesta en venta, ha sido adquirida por un industrial austríaco.» ¿Acaso esta cruz estorbaba y acusaba a los que entregan la Iglesia a la revolución? Pues... sí. Como también les ha contrariado la decidida y notoria reacción de los dieciséis obispos uniatas ucranianos que con su primado el Cardenal Slipji se han constituido en el «Sínodo Ucraniano» y protestado muy duramente contra la «ostpolitik»—o apertura al Este—del Vaticano. Estos Obispos uniatas han recordado al mundo que en la persecución comunista contra la Iglesia uniata de Ucrania «han habido ríos de sangre y montañas de cadáveres». Y la reacción contra este «Sínodo Ucraniano» por la llamada «diplomacia vaticana» llevó a cabo el intento de dividir a los católicos ucranianos uniatas, oponiéndole al Cardenal Slipji la figura del influyente prelado Ambrosio Senyshyn, obispo de los ucranianos de Filadelfia con jurisdicción sobre todos los residentes uniatas en los Estados Unidos, sin conseguir su objetivo. La integridad doctrinal inclaudicable y el decidido anticomunismo de los obispos y sacerdotes bizantino-eslavos ucranianos ha motivado que Roma—en contra del tan invocado «espíritu del Concilio»—no autorice sea constituido el Patriarcado Ucraniano. Esta notoria tirantez entre la «ostpolitik» vaticana y el anticomunismo del «Sínodo Ucraniano» que se ha constituido con el desagrado de Roma, no ha impedido—en territorio italiano—que el día 31 del pasado octubre estos obispos ucranianos inauguraran una nueva parroquia ucraniana uniata, recordando en tal ocasión que para los seis millones de católicos ucranianos sometidos al comunismo, la persecución contra ellos continúa.

Mientras tanto..., y con pretexto de «salvaguardar la paz», la apertura al Este de la «política exterior» vaticana tiene total coincidencia con la «ouverture a gauche» cada vez más acusada en el interior de la Iglesia. El Cardenal Mindszenty—a quien Pablo VI ha obligado a trasladarse a Roma—constituye un estorbo que se ha de neutralizar. Y por haber felicitado discretamente al Cardenal Slipji por su enérgica intervención en el Sínodo de los Obispos convocados en Roma, fue rogado se ausentase de las siete colinas y enviado a Viena.

Con la falta de ascendencia sobre la sociedad, la Iglesia Reformada y Reformante Ecuménica Conciliar Vaticano Segunda está sembrando entre los fieles el más amargo pesimismo con dos vertientes distintas: la del pesimismo provocado—por el agente soviético o el colportor maoísta—en los medios intelectuales y la del pesimismo metafísico, ontológico, que Louis Pauwells ha descrito magistralmente—refiriéndose al progresismo—al enjuiciar lo que él califica de «L'Eglise du pessimisme» y de la descristianización. Cuando los católicos dejan de serlo, aunque sin abandonar la Iglesia, cuando con pretexto de «adaptación a los tiempos» apostatan, cuando traicionan la misión que les ha sido confiada por el Divino Fundador, irremediablemente aparece la «Iglesia del pesimismo», con su consiguiente análisis pagano de la naturaleza humana en una sociedad que se «desclericaliza» y «desacraliza», siguiendo los dictados del «profetismo» que desde el interior de la Iglesia nos está asfixiando con el subjetivismo más repulsivo.

Porque subjetivismo puro es hacer del hombre el sustituto de la divinidad. Por eso el progresismo religioso aspira a una «nueva Iglesia» y el progresismo social a «una nueva sociedad», uniéndose ambas corrientes paralelas en un «progresismo cristiano» que está llevando a cabo la más metódica descristianización de la sociedad.

Y como que la descristianización apunta directamente contra el concepto cristiano de la sociedad, no puede extrañarnos la trascendencia de alcance internacional que han tenido las declaraciones del Generalísimo Franco cuando el pasado 30 de diciembre afirmó: «...lo que no puede hacer un Estado es cruzarse de brazos ante determinadas actitudes de carácter temporal asumidas por algunos eclesiásticos. El Estado se opondrá a cuantas interferencias de su soberanía le lleguen con finalidades perturbadoras de la sana convivencia entre los españoles». Para que así se exprese un gobernante mundialmente reconocido como Jefe de un Estado católico, es necesario haber sufrido la puñalada más traidora por proceder de quienes están más obligados a ser agradecidos a las inmensas facilidades que el Estado nacido de una Cruzada ha facilitado a la Iglesia para el desempeño de su misión.

Y antes, cuando el pasado 25 de julio el Generalísimo Franco presentaba la ofrenda nacional a Santiago, el mundo podía tomar buena nota de su significativo mensaje y puntualización cuando afirmaba certeramente: «Yo quiero recordar que la crisis que nuestra Iglesia sufre *no es problema de la Iglesia sólo, sino de los católicos todos, que también formamos parte de la Iglesia.* Las preocupaciones de la Iglesia son nuestras propias preocupaciones. NO POR NO HABER INTERVENIDO EN EL CONCILIO PODEMOS INHIBIRNOS POR CUANTO NOS ALCANZA LA DESCRISTIANIZACION QUE EL MUNDO SUFRE.» Más claro, el agua. El impacto de estas palabras fue extraordinario entre los católicos franceses doctrinalmente inclaudicables. Precisamente porque proceden de un estadista cuyo carácter de gobernante católico es mundialmente aceptado.

¿Cómo no ha de descristianizarse el mundo si continuamente se está oponiendo un «tipo» de Iglesia a otro, siguiéndose los métodos de la dialéctica marxista? Contra Pío XII se exaltó a Juan XXIII. También se nos están presentando como antagónicos a Pablo VI contra Juan XXIII. Y a la Iglesia del Vaticano II se la enfrenta con la del último Sínodo... Y a la última Asamblea del Episcopado de Francia que se celebró en Lourdes se la presentó como radicalmente opuesta al último Sínodo. Y así sucesivamente en todos los niveles y grados hasta enfrentar a los seglares que se dicen pero no son católicos—a pesar de que los aliente la jerarquía claudicante—contra los que verdaderamente lo son, y por serlo se les margina de la Iglesia e incluso se les ataca como a enemigos. Y así, sin capacidad de asombro, tenemos que escuchar—y rápidamente protestar y puntualizar doctrinalmente—que «la verdadera comunión de los santos son los seguros sociales». Y no pasa nada. Porque conviven a la perfección de acuerdo con los «signos de los tiempos», la «sociedad permisiva» con una iglesia que está demostrando serlo por completo, con la sola excepción de no querer serlo con los Estados y los gobernantes, cuyo orden constitucional se mantiene católico.

Por eso el Generalísimo Franco acertó cuando afirmó que «la crisis que nuestra Iglesia sufre no es problema de la Iglesia sólo, sino de los católicos todos, que también formamos parte de la Iglesia».

¿Es éste acaso el anuncio de que ha llegado la hora de los seglares? Como a tales seglares católicos, y en el terreno político que es el que indiscutiblemente les corresponde, efectivamente, ha llegado la hora de defender a la sociedad de la subversión más maligna. Y esta llamada es válida para que todos los países inicien su recobro espiritual.

Toulousse, enero 1972.

La Comisión "Justicia y Paz"

Por LEON TEJEDOR

Acabo de leer en el «Ya», escrito por Luis Apostúa —a quien podría dedicarle un artículo entero demostrando cómo con sus comentarios y críticas diarias intenta minar solapadamente las estructuras del Régimen político que nos gobierna—, que la revista «Vida Nueva», la de Martín Descalzo, ha revelado que existe un texto previo de la Comisión «Iusticia et Pax» y que ha sido considerado como delictivo por las autoridades civiles. Dicho texto, dice Apostúa, que nosotros sepamos, no ha sido difundido. ¡Pues no faltaba otra cosa!

El texto en cuestión no puede ser difundido porque es un ataque brutal, desconsiderado, injusto, sólo explicable si partiese de los marxistas españoles en el exilio.

Lo grave de este documento es que no ha sido escrito por un miembro cualquiera de la Comisión, sino por el presidente de la misma, que no es un clérigo innominado. No aperece su firma al pie del mismo, claro está, pero informaciones fidedignas que he recogido aseguran que es de puño y letra del Presidente de la Comisión. Es posible que éste pueda desmentirlo por eso de que no ha dado la cara con su firma, pero él sabe bien que todo el escrito es suyo. Y nadie debe extrañarse que lo haya redactado él mismo, pues bien conocidas son sus ideologías políticas.

Recordemos que el documento que hizo público la Comisión de Apostolado Social en relación con la nueva Ley Sindical lo engendró el mismo Padre. Documento, por cierto, con el que hizo el soberano ridículo, pues tanto el Arzobispo de Zaragoza, don Pedro Cantero, con su feliz intervención en las Cortes, como el Obispo secretario de la Conferencia Episcopal Española, don José Guerra Campos, con el artículo que publicó en «Ecclesia», se encargaron de dejar en evidencia doctrinal al imputado, que es decir lo mismo que pusieron de manifiesto su ignorancia y, si me apuran, su pasión desorbitada contra nuestro Régimen político, pues aquel escrito era más bien un panfleto demagógico producto de su resentimiento activo por haber estado tantos años con cargo eventual, sin que nuestro Gobierno accediera, de momento, a que ocupara otro de plantilla.

Es muy triste tener que escribir estas cosas. Es lamentable tener que hablar así. Yo soy el primero en sentirlo, pero cuando ellos se preocupan más de atacar a toda la obra de Franco que de los problemas espirituales que les han sido encomendados, cuando actúan más como políticos *anti* que como pastores de almas no queda más remedio que dejar al descubierto las maquinaciones de estos hombres, aunque sean altos en empleos y atributos.

Cuando fue nombrado el Presidente de la Comisión Justicia y Paz fuimos muchos los que nos preguntamos si es que no había otro en la Conferencia Episcopal Española para desempeñar este cargo. Los estudios de Ciencias Químicas, de Ciencias Económicas y de Ciencias Sociales que otorgaba el Instituto Social León XIII no confieren a los licenciados y diplomados una formación jurídica como para regir, nutrir y orientar la Comisión de la Justicia. Es algo así como si los Magistrados de nuestro Tribunal Supremo se escogieran entre químicos y economistas. ¡Para qué seguir, pues los comentarios sobran!

Y para que nadie diga que escribo por escribir y que no es cierto lo que acabo de decir del aludido, una anécdota nos va a demostrar los sentimientos políticos que embargan a determinadas figuras de las implicadas en la responsabilidad del texto punible de «Justicia et Pax». Fue en los tiempos que don Casimiro Morcillo era Presidente de la Conferencia Episcopal. En una reunión plenaria de nuestro Episcopado, el Arzobispo difunto de Madrid tuvo una intervención, como Presidente, poniendo los puntos sobre las íes de determinados problemas. Al terminar aquella sesión un Obispo salió de la sala de juntas y se encontró con un sacerdote en el vestíbulo donde se hallaban los curas periodistas que habían de informar a sus diarios del curso de las reuniones. El tal señor Obispo creyó que aquel cura era don Antonio Aradillas, el famoso cura periodista de «Pueblo», y, echándole una mano sobre el hombro, le dijo en voz baja: «*Dile a tu colega Martín Descalzo que puede publicar que somos muchos los Obispos que no estamos de acuerdo con lo que ha dicho don Casimiro*». El error del Obispo fue morrocotudo, pues aquel sacerdote a quien se hizo este desahogo contestatario era nada más y nada menos que el secretario particular de don Marcelo González, Arzobispo entonces de Barcelona, que tiene gran parecido en su físico con Aradillas. Los comentarios de aquel día de la Plenaria fueron jocosos entre nuestros Obispos a causa del error sufrido por el colega, que sin querer puso de manifiesto lo que sentía y que hizo ver a todo el mundo que él era uno de los prestos a informar a los curas periodistas de su cuerda acerca de lo que ocurría entre los bastidores de la Conferencia. ¿No queda con esto bien retratada una figura y un ambiente? Porque ya es hora de que quitemos caretas, disfraces, antifaces y dejemos a cada quien con su rostro verdadero.

Lo que no me explico es la cara que va a presentar el aludido el día que haya de asistir a una de las reuniones de la Junta Rectora del Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, de la que es miembro nombrado por la Conferencia Episcopal; como lo es también por el mismo procedimiento don Emilio Benavent, Arzobispo de Granada, y a la que pertenecen media docena de Ministros de nuestro Gobierno, entre ellos el Vicepresidente, señor Carrero Blanco; el de Justicia, señor Oriol y Urquijo, y el de Trabajo, don Licinio de la Fuente. Cuando se reúna el imputado con estos Ministros y surja la conversación sobre el escrito de la Comisión de Justicia y Paz —que no cabe duda que los Ministros han de saber por quién ha sido escrito, y si no lo supieran ahora pueden enterarse— yo no sé qué clase de explicaciones podrá dar el interpelado en relación con los problemas abordados en el escrito de «Justicia y Pax». O qué argumentos esgrimirá para defender su tesis. O qué aclaraciones podrá hacerles para justificar su postura. O qué diplomacia ha de desplegar para intentar quedar bien ante ellos. Sería interesante poder escucharle. Ahora bien, como a estas alturas ya sabemos todos quién es quién, a hombres de la talla de esos Ministros ni se les puede engañar ni se les puede mentir. ¿Cómo va a resolver la papeleta el comprometido? Quizá quedándose en casa y no asistiendo, porque en otro caso ni con las ayuditas que puedan hacerle echándole una mano podría salir airoso. ¡En qué situación ha quedado!

Pero el asunto de la Comisión de Justicia y Paz no acaba aquí. Don Fernando Hernández, Párroco de San Ireneo, de Madrid, en la página que semanalmente escribe en la revista «Fuerza Nueva», comentó adecuadamente dos folletos de cerca de cuarenta páginas entre ambos que había recibido de la citada Comisión y que habían enviado a todas las Parroquias, al menos en la capital de España, para ambientar y orientar y darles doctrina a los sacerdotes con cura de almas para que pudiesen celebrar el Día de la Paz —1.º de enero— con sólidos principios basados fundamentalmente en la Biblia, relativos a la justicia y a la paz. No faltaba ni el guión homilético ni las preces litánicas de la misa. El bueno de don Fernando, en su artículo, se echa manos a la cabeza y se queja de tanto disparate acumulado en tan pocas páginas. Se lamenta de que no definan lo que es la justicia y la paz, para que los fieles se enteren, y de que retuercen textos bíblicos acomodándolos a su capricho. Porque los dos folletos no son otra cosa que una diatriba furibunda —en el fondo— contra nuestros gobernantes.

A mí no me coge de susto que la Comisión de la Justicia y de la Paz elabore panfletos de este género, máxime cuando uno de los también preparados para su difusión ha sido considerado como delictivo por nuestras autoridades. Al Presidente de la Comisión ya le conocemos; ahora vamos a contemplar ligeramente a los clérigos que le ayudan en sus tareas por la justicia y por la paz. Supongo que serán los mismos de hace unos meses y que no habrán cambiado.

Al frente del Secretariado de la Comisión se encuentra el Padre Juan José Rodríguez, el que fue consiliario nacional de la HOAC, y a quien se conoce por «Juanjo». En los tiempo de don Casimiro salió pitando de su consiliaría por sus actividades contra ciertos elementos de la Jerarquía episcopal, y de lo cual el Obispo Guerra Campos podría contar muchas cosas. Cesando de su cargo que le trajo a Madrid, no creamos que se marchó a su Diócesis norteña, sino que se afincó en la capital porque en Madrid se vive como en ningún sitio. Y buscó trabajo y lo encontró en la Comisión Justicia y Paz, y esporádicamente en las Semanas Sociales, que en la última sesión de Murcia armó la marimorena en la clausura a través de las «convivencias nocturnas» que celebraba con un grupo de elementos en el monasterio que les dio cobijo.

Otro miembro de la Comisión es el Padre José María Alberdi, que siendo guipuzcoano está también afincado en Madrid, quizá porque en su Diócesis de San Sebastián sobren sacerdotes y en la de Madrid hagan mucha falta. Aquí lleva viviendo un montón de años. Fue profesor del Instituto León XIII, del que abandonó la docencia porque don Angel Herrera, siendo Obispo de Málaga, se llevó los cursos de verano al Valle de los Caídos, lugar que debe ser vitando para este cura, y como protesta de que en lugar tan nefando se dieran clases, abandonó voluntariamente el claustro de profesores del León XIII. Sus escritos, especialmente folletos, dicen bien del pensamiento ideológico y político de este reverendo.

Hay un tercero conocido de los lectores: el padre Carmelo García, que fue prior del convento de Dominicos de Valladolid y de quien en estas mismas páginas se nos ha hablado en más de una ocasión. De su portentosa facundia baste decir que en los exámenes de bachillerato en Teología en la Facultad de San Esteban de Salamanca fue suspendido por el tribunal que presidía el Padre Santiago Ramírez. De sus actividades políticas, más que religiosas, sus Superiores saben bien cuáles son sus predilectas.

Había otro que ignoro si a estas alturas estará aún inserto en la Comisión. Es el Padre Amadeo Saguar, Dominico como el anterior, que estudiando teología en San Esteban de Salamanca el claustro de profesores no le consideró apto para pasar a la licenciatura. Mas no se amilanó y, laborioso y audaz, se montó una oficina de asuntos hispano-americanos. Militante del progresismo, dedicó sus actividades religiosas a la salvación material de los hombres y del mundo de América. Y se coló también en la Comisión.

Con los antecedentes de parte de algunos miembros de la Comisión de la Justicia y de la Paz, los frutos producidos podíamos imaginarnos cómo iban a ser: como han sido. Pero ya los conocemos para sus futuras actividades bendecidas e indulgenciadas por el Presidente de la Comisión.

Funerales en Santander, el pasado 27 de diciembre, por los 150 caídos en el barco-prisión «Alfonso Pérez»

Conclusión de la homilía que no pudo pronunciar el Rvdo. P. Antonio de Cossío y Escalante

(*Véase el número anterior de ¿QUE PASA?*)

«Hace años dijo el P. De Lubac estas graves palabras ante los síntomas que se empezaban a percibir en la Iglesia: «Si nos dejamos deslizar por esta pendiente, cediendo a las presiones que las propagandas ejercen, pronto no se podrá hablar de renovación ni de florecimiento, sino de descomposición y liquidación.»

Pero esta Iglesia, que devora sus propios tuétanos y está sirviendo de contagio y escándalo al mundo entero, no debe de meditarse pesimistamente en el aspecto penoso de quien constata el diagnóstico de una sociedad sin sal y sin sabor, sino en el eficaz y práctico de la última parte de la frase de Cristo: «Si esta sal ya es insípida, no tiene más que un camino: echarla afuera y que la pise la gente.» Si la autodemolición se envisceró en la Iglesia sin permiso de nadie, que este Santísimo Cuerpo se dedique en silencio y en penitencia a la autoeliminación y autoexpulsión de todo principio disolvente.

LA INMUNIZACION Y AUTODEFENSA DE ESPAÑA

Pero ¿cómo aislar, cómo bloquear este principio corruptor y disolvente? Ha sido el mismo Papa Pablo VI quien ha sabido pronunciar esa frase feliz y llena de libertad cuando ha exhortado a los católicos a inmunizarse por sí mismos. ¡Inmunizarse! Soy en estos momentos sólo un sacerdote católico y un sacerdote español, con la grave e intrasferible responsabilidad de que mi pueblo, de que mis fieles son mordidos y atacados por los lobos ante la impunidad, ante la abdicación de muchos maestros, ante el escamoteo y el disimulo de los cayados de muchos pastores, ante esta hemorragia sobrenatural en que se va en sangre la Iglesia de mi pueblo.

He dicho hace un momento que era sólo un sacerdote, pero que nadie crea que porque he dicho sólo, diga insuficiente, y con igual aplomo e idéntica sencillez, precisamente por serlo y por el deber de serlo, me atreva a coger este pedazo del alma española que sois vosotros, y aquí, bajo estas bóvedas y al calor de estas piedras pardas os digo: ¡Inmunízate, España, y aíslate del contagio! ¡Inmunízate, porque se te está pervirtiendo, se te está haciendo un trasplante y un trasbordo solapado del alma; se te está enseñando a quedar bien con los hombres y mal con Dios; a ponerte plantada como un fariseo ante tu Dios, el único ser ante quien tú te inclinaste y doblabas tus rodillas cuando le comulgabas y rendías tus banderas, y estás aprendiendo a doblar el espinazo y a aguantar el agravio sin virtud y por miedo, y te estás acostumbrando a mendigar arrastrándote sin dignidad por el mundo, entontecida y deslumbrada, todos los reinos de la tierra a cambio de tu alma! ¡Ciérrate con Santiago, España, porque tú todavía eres Iglesia y no campo de experimentación de iglesias extranjeras, que son las que te han llevado a ti y a la universal Iglesia a vivir una fe al borde del crispamiento, exactamente como cuando el apóstol se agarró a la bancada de su barco el día de la tempestad! ¡Sé rechazo de cuerpos extraños y sacúdete de tus seculares complejos de ridículo, suéltate del dragón de las siete cabezas, pisa la sal podrida, desparrama la sal virgen que encierra tus entrañas, y vuelve a dar sabor a esta Iglesia insípida en el estreno de su luna de miel con el mundo y con la carne, divorciada de su único esposo, Jesucristo! ¡Mantén tu confesionalidad, tu apellido y cree firmemente que tu patriotismo al calor de las iglesias ni se corrompe ni se pudre, sino que se enciende y adquiere su única razón de ser, la caridad de un pueblo y hacia un pueblo, para derramar su fuego sobre todos los pueblos en el cauce y por el cauce de la única y santa Iglesia, católica, apostólica y romana.

Así, España apaciguada, serenada, llena de mansedumbres, prieta y con los pies bien clavados en la tierra, podrá reconsiderar de nuevo aquellas clarividencias de Chestertón cuando la contemplaba «como el único y verdadero campo, el campo limpio de batalla en el que, entre las piezas espirituales de nuestra época, España era el país donde se podía observar el retroceso de la ola tremenda y el retorno a la Europa de verdad»!

Así, repelida la ola del materialismo militante y dialéctico que vino de frente en su embestida furibunda, y por repeler todavía la ola materialista del capitalismo liberal que viene de todas partes, como el remolino de las resacas rabiosas, y que está convirtiendo nuestro pueblo en una sentina pútrida y en una cloaca infecta, este pueblo bendito inspirado y embebido en sus más íntimas concentraciones espirituales, podrá volver a abrirse y «ser nación hacia fuera, que es como de veras se es nación», para seguir cargando sobre el mundo, y con el mundo a espaldas, al paso de Dios.

SECULARIDAD TRANSCENDIDA Y TRANSCENDENTE DE ESPAÑA

Hermanos: Vamos a comenzar el Santo Sacrificio. Los destinos de la Iglesia y de España me inspiran ciertas analogías que podemos sacar precisamente de este sacerdocio ministerial que desempeñamos los presbíteros y el sacerdocio laical y común de los fieles, que es vuestro, y que se hace de manera acusada en la ciudad terrestre, como el pan y el vino que se consagran en el altar. Dos ciudades, dos sociedades, la eclesial y la civil, cogidas siempre de la mano y en ascensión permanente hacia la Jerusalén celestial. Que nadie piense que al hablar de la confesionalidad católica de la civitas, intentamos despojar a la ciudad de sus propias esencias, valores y substancia. Nosotros sabemos los derechos y los deberes de la ciudad terrena como sabemos los de la ciudad eterna que comienza a edificarse aquí en la tierra. Lo que nosotros hemos querido exponer hoy, cuando los sacerdotes se secularizan y se visten de laicos y os disputan competencias que son vuestras, y los laicos se clericalizan, se suben al altar, se esconden tras los hábitos y tras las púrpuras de los príncipes de la Iglesia para dirigir la nave de San Pedro, es la distinción neta y clara de lo secular y de lo sagrado; esto que se hizo vida y ejemplo sin confusión alguna y con la más noble sencillez, en la exacta laicidad de una reina católica que olía a Santa y en la exacta consagración y sacralidad de una monja santa que olía a mujer. Nosotros proclamamos con quien fue escuela y sistematizador y poeta del Movimiento Nacional, embebido, apasionado mucho antes que el Concilio Vaticano II recordara a los laicos sus deberes en el quehacer temporal, con la más noble y la más bella tarea, la Patria, hasta servirla con su sangre que: «Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por esto el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias ni comporta, como lo hacía tal vez por otros intereses, que los de la verdadera religión, funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.»

Nosotros nos apenamos con él y ponemos el punto cáustico de la ironía sobre tantas empresas que dicen son buenas, no por lo que tienen de buenas, sino por lo que tienen de liberal, de ambiguo y de interés creado que siguen produciendo como en su tiempo «esa juventud cauta, pálida y escurridiza, sonriente e incapaz de encenderse por el entusiasmo de la Patria y ni siquiera, digan lo que digan, por el de la Religión».

Nosotros confesamos la secularidad y la laicidad transcendida y lúcida de una Patria que se edifica a la intemperie, con luces de amanecer para los días y focos de luceros en el cielo para las noches, frente a la secularidad y laicidad inmanentes y opacas, sin epifanías de Dios, porque están fundidos los cables de la transcendencia. De todas las demás secularidades no queremos saber sino que existen, porque nosotros no queremos ser como las mareas que van y vienen subiendo y bajando conforme los polos magnéticos deciden. Nosotros no queremos encharcarnos, porque nosotros queremos ser marea, queremos ser corriente que arrastre al mundo hasta el altar, a la consagración del mundo, como este pan y este vino que hemos hecho y Dios nos da para comer, pero del que sabemos apartar lo mejor para que Dios le haga la transubstanciación, y mientras los hermanos comemos el pan de la concordia, recordad que no sólo de pan vive el hombre, no sólo de pan vive España, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, la palabra que os damos los sacerdotes cuando enseñamos el catecismo y os consagramos este pan y este vino que habéis hecho vosotros y habéis repartido equitativamente entre vosotros.»

Cursillos de Cristiandad

El fundador, don Eduardo Bonnin, ha dicho:

«En la Iglesia no hay nada que suscite el hambre de Dios. El «Cursillo» es suscitar el hambre de Dios. Hace falta gente con disposición más bien que gente dispuesta. Se necesita gente que problematice.»

«En el «Cursillo» se pone todo como en un «stand» se selecciona la gente; pero luego, en la Ultreya (reunión de grupo) se conocen verdaderamente los que pueden seguir.»

... ...

«En la Ultreya están los valores en activo. Se deben usar los «trucos santos». Vivimos en un mundo que hay que conocer para poder servir...

«Las cosas han cambiado mucho, por eso hoy yo me siento ciudadano del mundo. Creo que hay que desespañolizar los «Cursillos» y hay que independizar el movimiento de la Jerarquía y de los curas y eso en España es difícil. Hoy hay muchos jóvenes laicos que dan vida al movimiento.»

(*Del libro: «Jesuitas.—Opus Dei.—Cursillos de Cristiandad» (origen y finalidad). Autor: Oscar H. Wast.—México, D. F.—Apartado postal* 12-812.)

● Es de esperar que el reverendo padre don Francisco Suárez Yúfera, director del «Boletín de los Cursillos de Cristiandad», saldrá al paso del intrépido y desespañolizado cursillista señor Bonnín, independizado de la Jerarquía y de los curas.

Obispos españoles

"El Buen y el Mal Pastor"

2

Por F. P. DE CHANTEIRO

El Apóstol SAN JUAN, que fue de entre los Apóstoles del Señor «el Predilecto», descubrió mejor que otro alguno lo que tiene de insondable el amor de Cristo. Si de sus divinos labios había, como los otros Apóstoles, recogido el «*No hay mayor prueba de amor que la de morir por los que verdaderamente se ama*», pudo, al pie de la Cruz, ver y sentir cómo Jesús amaba hasta la muerte... y hasta la muerte de Cruz. Y, al pie de esa Cruz, viendo morir a Cristo, fue donde más profundamente comprendió la diferencia que existe entre el Buen y el Mal Pastor.

Suele llamarse «*Parábola del Buen Pastor*» la que debiera quizá ser llamada «*Parábola del Pastor Bueno y del Pastor Malo*» que SAN JUAN recogió de los labios mismos del Señor y nos la dejó en el Capítulo X de su Evangelio.

«*Yo soy el Buen Pastor*» —dijo el divino Jesús—. «*El Buen Pastor da su vida por sus ovejas. El ganapán que, sin ser pastor, cuida de unas ovejas, que no son suyas, huye cuando los lobos se acercan, no defiende al rebaño y los lobos hacen riza en él.*» «*El Buen Pastor defiende su redil e impide entrar a los que, disfrazados de pastores, no son más que ladrones de ovejas.*»

● El Buen Pastor, que es todo amor y mansedumbre, coge, cuando es necesario, el látigo para echar fuera de la «*Casa de su Padre, que es Casa de Oración*», a los que hacen de ella «*cueva de ladrones*». El Buen Pastor, que es infinito amor y mansedumbre, se alza contra los Escribas y Fariseos y, todo amor, les llama «*¡Raza de víboras!*».

El Buen Pastor muere por los mismos que le crucifican y a los que El ama con amor infinito y muere por los mismos ladrones que le roban las ovejas y destruyen el rebaño. Entre esas ovejas, por las que muere el Buen Pastor, se hallan las que El un día, abrasado en amor y celo, llamó «*¡Raza de víboras!*».

El Apóstol SAN JUAN, que era también todo amor y que no sabía más que predicar el «*Hijitos míos, amaos los unos a los otros*», tiene palabras terribles para cruzar con ellas el rostro de los que en la Iglesia, y al frente de la Iglesia, dejan que los «*ladrones de ovejas*» se introduzcan y hagan riza en el «Rebaño», que el Pastor divino confió a los que en la Iglesia son sus Pastores.

«*A ésos* —les dice SAN JUAN—, *que salieron de entre nosotros y que no son de los nuestros y que hoy tratan de entrar, pero no por la puerta del Redil... ¡ni el saludo!*», «*Nec AVE eix dixeritis*».

Por amor a las ovejas de las que sois Pastores y —TAMBIEN— por amor a esos «falsos pastores», a los que, si os relacionáis con ellos, *dais prueba de no amar de veras*, ya que, en vez de atraerlos hacia la UNIDAD de la Iglesia, los confirmáis en su error, al hablar con ellos NO de la Iglesia UNA, de la que se hallan fuera, SINO de convivencia y UNION de Iglesias, como si Jesucristo tuviera muchas Iglesias; unas fundadas, *como sobre Roca Viva*, sobre el Apóstol Pedro, y otras *no fundadas sobre esa Roca*, sino sobre arena.

● El Obispo de Salamanca, autorizando el 12 de octubre de 1971 con su presencia la llamada «consagración de un nuevo templo no católico» en la católica Salamanca, Capital de su Diócesis, reconoció oficialmente que son de verdad «Pastores» los «*pastores*» de la llamada «*Iglesia Reformada*», y que, si en Salamanca él, como Obispo de la Iglesia Católica y Sucesor de los Apóstoles, tiene jurisdicción eclesiástica, también la tiene, como Obispo y Sucesor de los Apóstoles, su «Hermano en el Episcopado» —aunque «*hermano separado*», como hoy se dice—, don Ramón Taibo.

Y no solamente no les niega el saludo a esos llamados «pastores» de la llamada «*Iglesia Reformada*», sino que llega el Obispo de la Iglesia «*No Reformada*» a participar con ellos en el gozo fraternal de un «*Vino de Honor*».

● Hoy en la Iglesia y en España hay «Pastores» que, faltos de valentía, no se atreven a gritar contra los errores y las herejías que, como fuego en cañaveral, propagan los que se presentan como «Pastores» sin serlo de veras.

Pero hay más: porque hay «Pastores» que *no sólo*, faltos de valentía, callan, *sino que* ayudan a los «*falsos pastores*» *y* «*falsos profetas*», que envenenan los pastos y contaminan todo el ambiente de la Iglesia. «Pastores» que ayudan a esos «*falsos profetas y pastores*», poniendo el NIHIL OBSTAT en libros difusores de doctrinas que hacen daño.

No se contentan ya tales «Pastores» con respetar el «*derecho que* —según se dice— *tienen los difusores de esas doctrinas no buenas a difundirlas*», sino que, como Obispos que son de unas Diócesis de España, y en documento oficial, dicen a sus diocesanos que en aquellas doctrinas no buenas NADA EN ABSOLUTO HAY que obste a su publicación y difusión y lectura.

No se contentan ya tales «Pastores» con respetar el «*derecho que* —según se dice— *tienen a la Libertad en materia Religiosa*» las llamadas iglesias «*separadas de la* IGLESIA, *que es* UNA *y que no puede ser* MULTIPLE», sino que, como Obispo, FRATERNIZAN con los llamados «*Obispos*» de esas llamadas «*iglesias separadas*» NO fumando —¡claro está!— la «*Pipa de la Paz*», como los Pieles Rojas; pero SI que fraternizan, *como el 12 de octubre de 1971, Fiesta de la Virgen del Pilar, lo hizo en Salamanca Monseñor Rubio Repullés*, bebiendo un «Vino de Honor», símbolo de «Libertad Religiosa», que es «Igualdad Religiosa» y es «Fraternidad y Convivencia Pacífica y Amistosa» entre las dos Iglesias —la «*Reformada*» y la «*No Reformada todavía*», ambas a dos, «*Libres, Iguales y Fraternales*».

● Un Santo Obispo Español —San Antonio María CLARET— dejó escrito en una de sus Oraciones a la Santísima Virgen: «*¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que en un camino hay ladrones y asesinos que roban y matan a cuantos pasan, no se lo advierto a los que se dirigen a él? ¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que los carnívoros lobos están matando las ovejas de mi Señor, callo? ¿Cómo tendré caridad si enmudezco al ver cómo roban las alhajas de la Casa de mi Padre, tan preciosas que le cuestan la sangre y la vida a Dios, y al ver que han pegado fuego a la Casa y Heredad de mi amadísimo Padre?*».

«*¡Ah! No es posible callar, Madre mía; no callaré aunque supiese que de mí han de hacer pedazos: no quiero callar; llamaré, gritaré, daré voces al cielo y a la tierra a fin de que se remedie tan gran mal: no callaré; y si de tanto gritar se vuelven roncas o mudas mis fauces levantaré las manos al cielo, se espeluznarán mis cabellos y los golpes que con los pies daré en el suelo suplirán la falta de mi lengua...*» «*Tal vez me diréis que ellos, como enfermos frenéticos, no querrán escuchar al que les quiere curar; antes bien me despreciarán y perseguirán de muerte. ¡No importa!...*»

Pero el gran San CLARET, Sacerdote, Misionero y Arzobispo español, era —y así lo proclamó la Iglesia— un Buen Pastor.

Y no todos los «Pastores» son hoy «Buenos Pastores» en las Parroquias y Diócesis de España.

Y no a todos los Predicadores, Escritores y Misioneros «*urge la Caridad de Cristo*» como le urgía a CLARET.

Proseguiremos.

"¡Mantenga limpia Barcelona!"

Por A. TIZA

Por segunda vez nos vemos obligados a dedicar este «*slogan*» a los señores de la Hoja Dominical de Barcelona. La primera fue con ocasión de un sucio anuncio *sexualizado*. Hoy, porque han manchado la Hoja y han ofendido a los católicos barceloneses con la publicación de una fotografía del siniestro Fidel Castro, fotografía con el ornamento de un pie tan tendencioso que el plumero que ostenta es digno de figurar en los arreos de los caballos de Alta Escuela en sus evoluciones de los circos...

Señores del AMOR FRATERNO, ¿saben quién es Fidel Castro y lo que bajo su tiránico y feroz IMPERIO tiene lugar en Cuba...? Lo pregunto porque SI LO SABEN merecen un apelativo que no quiero estampar aquí sin tener la seguridad de que lo han merecido. ¿No saben nada sobre lo que indico o, lo que es peor, SABEN MUY POCO...? En ese caso, ¿cómo se atreven a publicar lo que han publicado y en el sitio donde lo han publicado, señores partidarios de que la Iglesia NO SE META EN POLITICA cuando les desagrada o remueve sus pasiones el reconocimiento por parte de la Iglesia de un Régimen determinado o su noble colaboración con ese Régimen para bien de los mejores? ¿Cómo se han atrevido a utilizar para una política de BAJA FORMA, y EN BAJA FORMA, una publicación que ostenta el título de HOJA DOMINICAL...? Y, en fin, señores JUECES de la JUSTICIA EN EL MUNDO: ¿en qué mundo se han metido ustedes que así encumbran con honor y con una irritante alusión para MENTALIZACION de incautos, al más cruel tirano que aflige hoy a la humanidad...?

Sepan, señores, que ya cada vez estamos todos menos MENTALIZADOS y que no nos conmueven las fotografías de ciertos ungidos y «consagrados» que están cubriendo de cardenales las espaldas de la Madre Iglesia con sus fragelantes actuaciones y colmando la medida de resistencia y paciencia de los buenos católicos. Sepan, también, que ya nada nos asombra o escandaliza, y que si un día aparece en la Hoja Dominical el rostro, no ya de Lutero, sino del mismo NERON con un pie y una COMPAÑIA tan alusivos como los que ostenta la desafortunada —por no decir otra cosa— fotografía de que me ocupo, nos quedaremos poco más o menos como nos hemos quedado ahora, porque, ¡vaya! ¡Al fin, ya NOS VAMOS CONOCIENDO...!

A Monseñor Dadaglio le pedimos fervorosamente:

¡Un Obispo para Ceuta!

Por JOAQUIN AMADOR GARCIA, Académico de la Internacional de Nápoles

Cuando totalmente asentada la posesión de la plaza de Ceuta tras su conquista en agosto de 1415, lo primero de que se preocupó don Juan I de Portugal fue darle un Obispo. Suplicó al Papa la creación del Obispado Septense, expidiendo la bula oportuna el que entonces reinaba en la Silla de Pedro con el nombre de Eugenio IV, que elevó al rango de catedral la primitiva iglesia existente en la plaza de Africa, tras su consagración por haber sido antes mezquita principal. Y ocupó esta sede su primer prelado, el virtuoso Amaro, confesor que era a la sazón de la reina doña Felipa.

A partir de este momento empieza la historia de un episcopologio brillantísimo, con varones plenos de unción evangélica y de claro talento, que en momentos críticos y dificilísimos supieron dar ejemplos de verdaderos apóstoles, compartiendo sus bienes con los necesitados, acudiendo a remediar todos los estragos de la guerra, construyendo iglesias y ermitas a sus expensas, donando cuantos enseres se necesitaban para el culto, reparando los desperfectos que originaban en los edificios religiosos la metralla de los sitiadores, y siendo en todo momento el padre amante, solícito y caritativo, en el que los fieles encontraban la ternura, la comprensión y el amor, de que tan necesitados estamos todos los humanos. La lista de los Obispos ceutíes, tanto los nombrados por la corona portuguesa, como más tarde al formarse la unidad ibérica, en tiempos de Felipe II, los que nombraron los Reyes de España, ocuparía varias páginas de ¿QUE PASA?, máxime si tras el nombre de cada uno expusiéramos, aunque fuera brevemente, los rasgos esenciales más destacados de su pontificado. Y así llegaríamos hasta don Juan Sánchez Barragán y Vera, fundador del Banco de Pescadores, último de los pastores que aquí tuvieron su residencia. A partir de entonces, el Obispado de Ceuta no fue cubierto y era administrado apostólicamente por los prelados gaditanos.

Pero puntualicemos con claridad.

Ceuta y Cádiz son dos Diócesis distintas totalmente cada una, autónomas e independientes, sin que para nada en absoluto tengan que ver nada la una con la otra. Exactamente igual que dos provincias civiles —Córdoba y Málaga— que, conservando cada cual su jurisdicción propia, estuvieran gobernadas por el mismo gobernador civil. Esto no quiere decir de ninguna manera que existiera una fusión, convirtiéndose las dos provincias en una sola, ejemplo que podemos aplicar a las Diócesis de Cádiz y Ceuta, que, conservando cada una su personalidad particular y distintiva, no se han fusionado, aunque hayan sido regidas por el mismo báculo.

Con todo respeto a su memoria, digamos en justicia y en verdad que quien motivó todo este confusionismo fue el desaparecido don Tomás Gutiérrez Díez, al titularse indebidamente Obispo de «Cádiz-Ceuta», poniendo un guión donde debiera haber puesto la conjunción copulativa «y». Parecía que se trataba de una sola Diócesis, ya que el artículo «la» lo ponía en singular en vez de plural. «La» Diócesis de «Cádiz-Ceuta» no ha existido jamás, ni existe ahora; «Las» Diócesis de «Cádiz» y «Ceuta» es ya cosa distinta, al quedar claramente definida la independencia de ambas. Le ha sucedido luego don Antonio Añoveros, que, más comprensivo y consecuente, reconoció ser Obispo de dos Diócesis, suprimiendo el fatídico guión de tan desastrosos efectos, y al dejar de empuñar las riendas de los dos Obispados éstos recobran su libertad plena para gobernarse cada uno por sí mismo, conforme a lo dispuesto en el Derecho Canónico, que transfiere esa responsabilidad al Cabildo Catedralicio, el cual, reunido en sesión secreta y solemne, elige a un Vicario Capitular durante el tiempo que la sede esté vacante y sea nombrado nuevo Obispo.

Y hemos llegado al punto culminante de nuestro tema.

¿HASTA CUANDO VA A ESTAR CEUTA POSTERGADA, SIN QUE SE LE NOMBRE UN OBISPO RESIDENCIAL QUE PRECEDA AL DOCTOR BARRAGAN Y VERA? ¿POR QUE TIENE CEUTA QUE SER REGIDA DESDE CADIZ ECLESIASTICAMENTE, CUANDO DESDE EL COMIENZO DE SU OBISPADO LO FUE POR SU PASTOR PROPIO? ¿CUANTAS DIOCESIS EXISTEN EN LA PENINSULA CON MENOS NUMERO DE FIELES QUE LOS QUE INTEGRAN EL CENSO DE NUESTRA CIUDAD? ¿COMO SE EXPLICA QUE TUVIERAMOS UN PRELADO RESIDENTE EN CEUTA CUANDO SU POBLACION NO LLEGABA A LOS CINCO MIL HABITANTES, CARECIENDO DEL MISMO AHORA QUE VAMOS ACERCANDONOS A LOS CIEN MIL? ¿CUANTOS PROBLEMAS ESPECIFICOS EN ATENCION A LAS CIRCUNSTANCIAS QUE AQUI SE PRODUCEN CON LA CONVIVENCIA DE CUATRO RELIGIONES TIENEN QUE SER RESUELTOS CONOCIENDOLOS «IN SITU» Y NO POR LAS REFERENCIAS QUE PUEDA TENER EL OBISPO DE CADIZ? ¿POR QUE TIENEN QUE ADMINISTRARSE NUESTROS BIENES Y RENTAS ECLESIASTICAS EN SEDE DISTINTA A LA NUESTRA, SIN QUE SOLO SEAN LAS NECESIDADES CEUTIES LAS QUE SE APROVECHEN DE LOS MISMOS?

Ceuta ha llegado a una mayoría de edad, a un progreso, a un nivel económico, a un puesto en la escala de los valores nacionales —sobre todo en el turístico— que exige que se le trate más en consonancia con su categoría. Estamos en el momento crítico, para que antes de que vuelva a nombrarse un prelado para la sede gaditana desaparezca el falso concepto y equivocado criterio que existe en la Nunciatura Apostólica de Madrid y se evite otra vez este estado de cosas confuso y anómalo.

Es la hora de que todos los estamentos de la ciudad, con nuestros regidores al frente, hagan acto de presencia en la representación diplomática de la Santa Sede y reclamen para nuestra ciudad el derecho que nos confiere la bula de Eugenio IV, nombrándose para Ceuta un Obispo propio y residencial, que nada tenga en absoluto de ver con el de Cádiz, de la misma manera que el Gobernador Civil de la Tacita de Plata no tiene nada que ver en Ceuta.

Nuestra Catedral lo reclama igualmente.

Sus muros venerables, los que vibraron al esplendoroso culto de las funciones litúrgicas, acusaron la falta de los pontificales y, más por tristeza que por vetustez, estuvieron a punto de languidecer totalmente. Fue entonces cuando el entusiasmo y actividad de un Deán inolvidable, don Rafael Navarro Acuña, acometió la gran tarea de restaurarla, haciéndolo con tanto acierto y amplitud que nos proporcionó una catedral nueva. Una catedral donde las tumbas de nuestros Obispos allí enterrados son la prueba más evidente, rotunda y palpable de nuestro rango episcopal. Una catedral que pide a gritos la presencia continuada y permanente de un Pastor, como los que hoy tienen tantas colegiatas y priorales sin la categoría de nuestro primer templo.

Enfrente tenemos Gibraltar, con su obispo católico para unos centenares de fieles. En el vecino país, de credo mahometano, existe el Arzobispado de Tánger, igualmente para una porción reducida que no admite comparación con la población de Ceuta. Y mientras tanto, la sede Septense, la que llegó a ser llamada «Primada de Africa», la que a su quinto prelado, don Juan de Noroña, le fue concedido el capelo cardenalicio por el Papa Alejandro VI con el título de Cardenal de Ceuta, la que para regirla enviaron a los Añemcastre, los Silva, los Gobea, los Correa, los Meneses y tantos otros de estirpe nobilísima, tan nutridos de blasones como de virtud y ciencia, que pasaron luego a ocupar arzobispados de tal categoría como los de Sevilla, Valencia, Zaragoza y Toledo; la silla episcopal que tiene una antigüedad de más de cinco siglos y medio, está como ignorada en la conciencia de Nuncios y gobernantes, ofreciendo el triste espectáculo de la posposición, la dejadez, la desidia, la apatía o la ignorancia.

Pero, como hemos dicho y repetimos, ha llegado el momento de restaurarlo todo.

Y es en este interregno de Sede Vacante cuando hay que moverse en Roma y Madrid para que cuando en su hora oportuna se cubra la Diócesis de Cádiz, tengan en cuenta que la de Ceuta no tiene por qué unirla en el gobierno de su obispo. Que se nombre un Prelado para Cádiz y un Prelado para Ceuta. Lo exige nuestra historia, nuestra prestancia, nuestra importancia en todos los órdenes. Y SOBRE TODO LAS ALMAS.

Las almas de los ceutíes, que ahora más que nunca necesitan de su padre espiritual que los lleve a Dios, con su asistencia personal directa y continuada, viéndonos, conviviendo con nosotros, compartiendo nuestras necesidades, nuestras satisfacciones, nuestras penas y nuestras alegrías.

Y dando ejemplo de solicitud paternal ante las comunidades de otros credos que fraternalmente viven junto a nosotros, ejerciendo esa pastoral ecuménica, que dulcemente, suavemente, amorosamente, nos lleve a un solo rebaño y un solo pastor...

Los valientes

SONETO

Hay eunucos que ya han nacido así,
y otros eunucos hay que fueron hechos
eunucos por los hombres, sin derechos,
a fuerza de maldad y bisturí.

Mas hay otros eunucos, hoy, aquí,
valientes, aguerridos, nobles pechos,
que renunciaron a nupciales lechos
por estar en mi Reino junto a MI.

Y porque son capaces de tal cosa,
renunciando al placer que, en este mundo,
pueda proporcionarles una esposa,

YO, en tales hombres, mi esperanza fundo;
y su Legión será la más gloriosa,
Y SU DICHA, EN LOS CIELOS, SIN SEGUNDO.

TEOFILO

Dice EL SEÑOR: «Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, otros que fueron hechos eunucos por los hombres, y otros que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del REINO DE LOS CIELOS.»

Pastoral suicida

Por DIOGENES CRISTOFORO

Me cuesta un esfuerzo cerval hablar de la Pastoral «renovada» o nueva, pues mi crítica de la misma quiere ser constructiva y no personalista. Pero es tan difícil segregar a las personas de sus declaraciones y actuaciones, que contra la propia voluntad aparecemos personalistas los que queremos ser apersonales, y destructivos los que sólo queremos descubrir el mal que lacera y carcome a la Iglesia en su misma esencia.

Si damos nombres, nos califican de «rivales personales»; si escribimos sobre desmanes eclesiásticos innominadamente, nos achacan de falseadores abstractos, cuyas afirmaciones carecen de valor dialéctico. La realidad es que preferirían que *callásemos* para andar sueltos y triunfalistas, porque «la mayoría silenciosa lo es porque nada tiene que decir». Como aquel mal torero que teniendo que vérselas con marraco difícil, a la hora de matar, decía a su peón de confianza: «Pónmele en el tendido 5, 3, 9», etc. «¿Onde quieres que te le ponga?», dijo malhumorado el subalterno. «Onde no lo vea», replicó el espada. Eso querrían de «¿QUE PASA?»: que desapareciera, porque dice verdades como puños, que no producen *risa ni sonrisas*, sino «ronchón» molesto, como el de la picadura de un insecto.

Prosigamos, pues, con el máximo respeto a las personas, pero con claridad diáfana para sus actuaciones.

Dijimos al principio, tomándolo de «Iglesia-Mundo», que es suicida toda pastoral, por muy buenos que sean sus proyectos e intenciones, si es encomendado su ejercicio o puesta en marcha a individuos cuyas doctrinas y escritos están marginados respecto a la verdad predicada por el Papa o enseñada por los Concilios generales. Señalaba el sesudo escrito mencionado que encargar en Dortmund el cursillo de renovación pastoral-teológica para emigrantes al sacerdote González Ruiz, con una temática que empezaba por distinguir entre «comunidad eclesiástica» (que se ha de favorecer) e «institución» o macro-iglesia, que debe ser combatida no con una mera «contestación», sino con «una acción paralela», porque «en el proceso revolucionario mundial la presencia de unas comunidades de base que inteligente y eficazmente vayan rescatando el Evangelio del secuestro perpetrado por la «institución», es un suicidio voluntario».

Si éste fuera un caso aislado, podría juzgarse benévolamente que se trataba de una sorpresa o malentendido. Pero si es «sólo una muestra de una acción sistemática que se está llevando en muchos focos del apostolado de la Iglesia española cada vez con más frecuencia, bajo el patrocinio inmediato de los obispos», no hay cabida para un juicio disculpador. Porque «éstos (los obispos) tienen por misión edificar la Iglesia; ¿por qué ponen a sus sacerdotes y militantes apostólicos en manos de quienes abiertamente se proponen disolverla?» («Iglesia-Mundo»).

Precisamente, en la Bibliografía que recomienda la Pastoral de Madrid-Alcalá, leemos nombres de autores y publicaciones que, a nuetro humilde juicio, están muy lejos de ser recomendables. Es de creer que siendo el Ordinario de Madrid-Alcalá Presidente de la Conferencia Episcopal, autoridad máxima, conductor y señalador principal del rumbo a seguir por España en su «renovación aggiornada», los objetivos y temática pastorales en Madrid servirán de hito al resto de las diócesis, ya en plena recuperación «hodierna», con sus nuevos prelados, recientemente nombrados por la Santa Sede, que tantos elogios ha merecido a determinado periodista hasta el punto de ser calificado por historiador tan mesurado como Ricardo de la Cierva, de Triunfalista, o en nomenclátor popular, de verdadera «COBA». Por cierto, que el nombre donoso de «*comodoro* de la flota pesquera» no es apropiado, porque la «flota pesquera» sea de altura o de bajura, como ésta, no tiene más que el de PATRON.

Todo plan pastoral debidamente eficaz debe contener una temática completa y unos métodos precisos y obligatorios. Nada de esto vemos en ella, ni en el orden dogmático, ni en el litúrgico, ni en el disciplinar; que si siempre fue necesario, en la actualidad, dadas las desviaciones denunciadas por Pablo VI, es imprescindible. Porque en Salamanca, en Deusto, en Barcelona, en Madrid..., el prurito de distinguirse, de HOLANDEIZARSE, ha hecho caer en verdaderos desvaríos en dogmática, moral, liturgia, jerarquía. No se alegue que ello llevaría a extensiones programáticas profusas. No. Con lo fácil que es proponer el CREDO DEL PUEBLO DE DIOS proclamado por Pablo VI como guión, compendio y resumen de la doctrina auténtica y segura... Pero para los nuevos pastoralistas tal vez sea de muy poco elevado nivel programático y no conforme con los tiempos «adultos» que padecemos.

Es preferible la «concienciación» de la «nueva teología», la adaptación de las verdades católicas a la «mentalidad» moderna o, mejor dicho, «modernista»; la «politización» y «desacralización» de las virtudes cristianas «humanizándolas»; el desviacionismo antirrégimen, porque todo ello es condición indispensable para dar testimonio de solidaridad con las corrientes exteriores que piden libertad e independencia propias de la «adultez» de que presumen. No basta «pedir perdón»; es preciso *actuar* contra regímenes que oprimen al pueblo, que van contra el derecho fundamental de la persona de pensar, hablar, escribir, elegir, diputaneizar en parlamentos democráticos, etc.

Basta para ello coger unas frases de Justitia et Pax y en vez de aplicarlas a los Estados comunistas (eso que lo hagan los obispos ucranianos, húngaros o polacos), dirigirlas al Estado más católico en su constitución y en la práctica, tratándole de OPRESOR, porque juzga a unos CUANTOS de los muchos que le sabotean, que roban y asaltan bancos, que se llevan en un maletín los fondos robados por sus compinches, aunque luego sean indultados generosamente. Eso es estar «encarnados en el mundo» y ser prácticamente la «Conciencia crítica de la sociedad» y ser «ministros de reconciliación».

Como de pasta de mártires no tienen ni tanto así (señalamos la uña del dedo meñique), «no lo sabemos; pero cada vez lo sospechamos con más fundamento —dice De la Cierva— si esos grupos reciben alguna bendición de tapadillo en algún alto domicilio, que bien haría en ocuparse de menesteres más elevados». (Puede ser, comentamos nosotros, que ese menester sea el más elevado que actualmente deba llenar la actividad del alto domicilio, sin que lo sospeche usted.)

Pastoral que fuerza los textos de los profetas (los auténticos) del Antiguo Testamento contra las prevaricaciones del pueblo judío para incitarle a la CONVERSION (no a la PROTESTA) de la Ley de Moisés, para modernizarlos contra «el círculo de injusticia que nos envuelve», contra «los odios represados, las renovadas divisiones entre vencedores y vencidos, alborotadas campañas de desprestigio y enfrentamiento, azuzamiento de posturas contrarias al diálogo» es pasar de lo divino a lo humano, de lo religioso a lo político, de lo apostólico a lo delictivo.

Claro está que contra ciertas posturas nosotros sólo podemos hacer de «perros ladradores», que con sus ladridos denuncian el peligro; pero incumbe a los pastores, léase AUTORIDADES SUPREMAS, civiles y eclesiásticas, ahuyentar a los lobos para preservar el rebaño. «La paciencia infinita de la sociedad cristiana y del Estado español» está más que demostrada; pero tiene sus límites. «La mayoría silenciosa» lo ha sido hasta ahora, porque le han tapado la boca, y cuando alguno ha levantado la voz se le ha amenazado con las penas eclesiásticas, que, por lo que se ve, sólo tienen vigencia para ellos. ¡Hay que ver las barbaridades antirreligiosas que hemos leído en España y en el extranjero sin que sus autores hayan sido amonestados NOMINALMENTE!

Pero como dijo valientemente en la concentración de los «SILENCIOSOS» en Estrasburgo, coincidente con la clausura del Sínodo en Roma, su líder, M. Debray, «afortunadamente sonó la hora de que esta masa inmensa de quienes hasta ahora callaron, tomen la palabra y se sientan responsables delante de Dios de la suerte de la Iglesia». Y el cardenal Danielou añadió: «Lo que sucede hoy en la Iglesia no es imputable a otra cosa que a UNA GRAVE CRISIS DE FE». «Y la mayoría silenciosa tiene mucho que decir y preguntar.»

Así, en la carta dirigida al cardenal Tarancón, Ricardo de la Cierva le pregunta: «si en las altas esferas vaticanas se ha apostado de forma excluyente por un determinado sistema político» en consideración a «posibles razones político-familiares en las altas cumbres de la Iglesia y en centros nerviosos vaticanos». Nos explicamos que no obtenga contestación.

A su vez, el Estado, consciente de su obligación por su voluntaria CONFESIONALIDAD, subrayada por un plebiscito abrumador, «mira el futuro libre de prejuicios y con un perfecto conocimiento de cuáles son los derechos que limitan el ámbito entre el poder temporal y el espiritual... El respeto recíproco entre las libertades de cada una de estas sociedades soberanas es la garantía de una armónica colaboración en las finalidades conjuntas que ambos persiguen. Pero lo que no puede hacer un Estado es cruzarse de brazos ante determinadas actitudes de carácter temporal asumidas por algunos eclesiásticos». ASI SEA.

Es de advertir que frecuentemente los que desbarran en su actividad pastoral respecto a la soledad civil, lo hacen también en el aspecto religioso, contribuyendo a la «demolizione interna por los mismos que debieran impedirla» (Pablo VI). Podríamos citar numerosos ejemplos; pero como nos llaman CALUMNIADORES cuando los sacamos a la luz pública y nuestras denuncias van al saco de los papeles inútiles, prefiero (con permiso del director de ¿QUE PASA?, al que no he consultado) invitar a nuestros Jerarcas eclesiásticos a que se informen en la dirección de nuestro semanario sobre la autenticidad de las mismas si quieren corregir estos defectos. Pero estoy seguro que no lo harán, porque tampoco escuchan las denuncias que les hacen los fieles.

Prefiero transcribir unos párrafos de la revista italiana RENOVATIO en su entrevista con el obispo holandés Simonis, nombrado de Rotterdam a sus treinta y nueve años contra viento y marea, porque retrata fielmente el ambiente español en su progresismo avanzado, cuya frase «la Iglesia es la conciencia crítica de la sociedad» es remedo y copia de la «instancia crítica» de la misma.

Contesta al periodista: «O se describe a la Iglesia como la «instancia crítica de la sociedad» (y entonces sólo eso es lo que de ella se considera importante) o bien se niega simplemente la necesidad y aún utilidad de la Iglesia, y en tal caso se la describe como una «grandeza pretérita», que ha cumplido su tiempo y que con él ha quedado anclada en el pasado. En la medida en que se concibe sólo, o principalmente, a la Iglesia como una «instancia crítica», en la misma se pierde su fundamentación en Cristo y en el Evangelio. Se utiliza el mensaje del Señor en tanto en cuanto puede ser interpretado como *crítica de las actuales formas sociales*... Por razón de este desarrollo han surgido las «comunidades críticas» que, oficialmente, quieren pertenecer a la Iglesia Católica, pero que prácticamente no se identifican con su concepción eclesial en el pensamiento y en sus tendencias. «La mayor parte de sus miembros no es consciente, o lo es en grando mínimo, de que están abandonando la Iglesia, lenta, pero seguramente. Sus Jefes dicen que no es preciso tomar en serio la «vieja» concepción de la Iglesia y que lo que importa es mostrarse cada vez más abiertos al mundo... Este fenómeno *interno* de la Iglesia causa, por una parte, mucha confusión y, por otra, hace pensar a muchos que, transformándose la Iglesia en una institución «para la promoción de la sociedad», se esté encaminando a la propia destrucción.»

Valía la pena transcribir este RETRATO FIDELISIMO. «QUIEN TENGA OIDOS, QUE OIGA.»

TUS AMIGOS LOS SANTOS

Por JOSE MARIA PEREZ, Pbro.

Dios vuelve del cielo. La siguiente historia verídica fue enviada al «CATHOLIC DIGEST» por la señora Edna M. Bigham. Será el exordio de mi semanal catequesis a los amigos quepasenses.

Cuando tenía yo —dice— unos doce años años de edad fui con mi madre de compras a un gran almacén. Y ella me dijo:

—Mira, y elige lo que más te guste: voy a comprártelo.

Después de contemplar, sin decidirme, la bisutería y otras muchas cosas que pueden gustar a una niña de doce años, se sintieron atraídos mis ojos, al fin, por una linda imagen que pensé era la Virgen María, y más tarde supe que representaba a «la pequeña Florecilla». Y no vacilé en decir:

—Es esto lo que quiero.

Mi madre me miró entonces algo asombrada, y me dijo:

—Eso es para una católica, y tú eres protestante...

Pero como yo estaba en ello empeñada, lo compró a pesar de todo y salí de aquella tienda llevando la imagen apretada entre mis brazos. Y en cuanto llegué a casa coloqué la pequeña estatua sobre la cómoda de mi cuarto, desde donde la podía contemplar de continuo.

● Variamos después, a menudo, de residencia; pero la imagen viajó siempre conmigo a dondequiera que yo fuese. Y seis años más tarde, mi madre, que tenía un cuarto sin ocupar, decidió alquilarlo. Vino a verlo un joven, y al pasar por delante de mi habitación, se fijó en la imagen de Santa Teresa de Lisieux. Era él católico y, creyendo que también lo éramos nosotros, le pareció nuestra casa una residencia buena para poder vivir en ella. Aquel joven y yo acabamos por enamorarnos. Me convertí de corazón al catolicismo y no tardamos en casarnos.

Tenemos ahora tres hijos: un niño y dos niñas, que asisten los tres a las escuelas parroquiales. Transcurridos ya veintidós años, la imagen de Santa Teresa de Lisieux se encuentra aún sobre mi cómoda. Un poco deteriorada, es verdad, y con la nariz rota; pero no me separaría yo de ella por nada de este mundo.

● Y puestos ya en órbita, lector curioso, sigamos con otro detalle de otra imagen de Santa Teresa de Lisieux.

Las apostólicas religiosas de Kuala Lampur, Malaya, acababan de abrir una nueva pequeña escuela en Kajang, a unos veinticinco kilómetros de distancia. Los habitantes de aquella localidad habían sido buenos católicos en otros tiempos, pero por falta de sacerdote se habían ido enfriando y perdiendo para la santa Iglesia.

Ahora les sobrevino una dificultad, que parecía insuperable, a las religiosas de la nueva escuela. El viaje diario, de ida y vuelta, a Kajang les resultaba insoportable, a causa de las dos horas de tren y del calor excesivo del país. Y, por otra parte, el alquiler de un coche hubiera costado siete dólares diarios, cosa que era insostenible.

Así, pues, aquellas buenas religiosas comenzaron a rezar una novena a Santa Teresita del Niño Jesús para poder adquirir un automóvil para la misión. Y a fin de hacer entender mejor a la Santa la urgencia de aquella necesidad, alguien hizo una miniatura del coche y se la colgó del cuello de la imagen de la Santa.

● Se terminó el rezo de la novena, y no se tuvo noticia alguna del anhelado coche.

—Haced otra novena —dijo la madre Superiora—: hemos de tener coche para el lunes próximo...

El jueves de aquella semana, un caballero chino de Singapur llegó a ver a las religiosas, porque había tenido noticia de que una de ellas, pariente suya, estaba enferma. Y se alegró de que todo hubiera sido un error, puesto que la encontró sana y salva. Entonces la referida religiosa le fue enseñando las dependencias del convento.

Y cuando llegaron a la capilla y vio la imagen de Santa Teresa, preguntó el caballero:

—¿Qué es eso que lleva en el cuello?

—Es un automóvil. Necesitamos uno para llevar a las hermanas a Kajang...

—Bien, dile a la madre Superiora que tendrá uno. ¡Sólo para quitar eso del cuello de la imagen!

Y tres días después llegaba el automóvil de Santa Teresa de Lisieux, nuevo y flamante. Fue bendecido allí en seguida. Hubo procesión con el coche al frente. Y fuegos artificiales, fiesta y alegría para todos. Y ya Santa Teresa podía ver, desde el cielo, a las hermanas yendo y viniendo de Kajang para la salvación de las almas.

● Libros enteros hay de gracias y favores obtenidos por la intercesión de tus amigos, los santos. Son ellos de verdad nuestros intercesores. Pero sólo veneramos a los Santos por reverencia a Dios, cuya santidad en ellos se refleja, cuya bondad y misericordia por ellos se nos comunica, al invocarlos y venerarlos.

Como honramos la imagen del rey, sólo por ser una fiel semejanza suya: así también honramos a los Santos por haberse ellos convertido en imagen de Dios. Acontece en eso como en la caridad para con nuestro prójimo: le amamos pcr ser cual imagen de Dios. «Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó.» (Génesis, 1, 27.)

No, no amamos a nuestro prójimo por causa de ser prójimo, como recalca San Jerónimo, sino que le amamos por ser imagen de Dios. ¡Y más lo es el Santo!

● Y demos un paso más. También veneramos a los Santos, escribe San Bernardo, como instrumentos de que se ha servido Dios para realizar nuevas y desacostumbradas hazañas. Que no los honramos por sí mismos, pues sus obras no tanto redundan en gloria suya, cuanto de Dios que las obró por medio de ellos.

Como la hermosa pintura no redunda en loor del pincel, ni la buena letra en loor de la pluma, ni el discurso elocuente en loor de la lengua o de los labios.

Dios y sólo El es admirable en sus Santos, dice el melifluo San Bernardo. Por eso la Reina de los Santos, María Santísima, no dijo PORQUE YO HE HECHO COSAS GRANDES, sino «desde ahora me proclamarán bienaventurada todas las generaciones, ya que realizó a favor mío maravillas el Poderoso, Aquel cuyo nombre es Santo.» (Lucas, 1, 48-49.)

● Santa Coleta, la segunda fundadora de las Clarisas, vio un día acercarse un joven de vida munda y pecaminosa que por broma le dijo:

—Si realmente sois una santa, obrad ahora el milagro de hacerme a mí santo.

La Santa no levantó siquiera los ojos para mirarle, pero con toda sencillez rogó en alta voz:

—Escucha sus palabras, Señor, y haz que sean una realidad...

Aquel joven quedó como asombrado, en su cara murió la burla, se marchó precipitadamente, entró en una iglesia, pidió un sacerdote e hizo una buena confesión. Y desde aquel día llevó una vida santa y, no mucho después, tuvo una muerte santa...

● ¡Tus amigos los Santos! Sí, incluso cuando los Santos están aún en este mundo de peregrinación y laborío, sus plegarias tienen gran poder ante Dios, y mucho más, desde luego, cuando están ya en la eterna gloria del cielo. ¡Son los cortesanos de la Beatísima Trinidad! ¿No los invocarás?

Ahora bien, de la misma manera que recae en Dios Nuestro Señor la honra que a sus Santos dedicamos, así a El también ofende el desprecio de los mismos.

Ya en sus Apóstoles miraba Jesucristo la injuria como hecha a sí mismo. «Y en toda población en que entrareis y no os acogieren, salid por sus calles y decid: Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos adhirió a los pies lo sacudimos contra vosotros. Sabed, empero: Llegó ya el reino de Dios.» (Lucas, 10, 10.)

Como mira Jesucristo a sí hecha toda falta de misericordia usada con el prójimo: «De verdad os digo: En la medida que lo hicisteis con alguno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis.» (Mateo, 25, 40.) ¿Cuánto más se sentirá Nuestro Señor herido por el menosprecio de los Santos, a los cuales ama más que a los otros seres de la tierra?

● Y voy a terminar, paciente amigo. Quien a los Santos honra, honra a Jesucristo, y quien a ellos desprecia, desprecia a Jesucristo, dice San Ambrosio. No es el culto de los Santos disminución de la gloria de Dios. ¿A quién ocurriría pensar, escribe San Jerónimo, ser disminución de la gloria debida al César la que se tributa a su madre, a sus hijos y amigos?

Está el culto de los Santos tan distante de ser disminución de la gloria de Dios, como la caridad del prójimo dista de ser mengua de la caridad de Dios, por cuyo respeto le amamos. El amor de Dios se acrecienta con el amor del prójimo, como enseña el mismo Doctor Máximo San Jerónimo.

● Y entre los Santos, honor debes a los Patronos. Las naciones como los individuos, las ciudades y las iglesias tienen sus Angeles Custodios y sus Santos Patronos.

En Australia, el año 1880 había sido elegido un nuevo Obispo. Aunque buen irlandés él, estaba un poco cansado de que, prácticamente, todas las iglesias en su extensa diócesis estuvieran bajo la advocación de San PATRICIO. Por ello, cuando hubo de construir la iglesia de un nuevo poblado, el Obispo reunió a las gentes del lugar para anunciarles la fecha en que habría de colocarse la primera piedra.

Luego de terminados los aplausos, añadió con tacto:

—La nueva parroquia será dedicada a San Atanasio...

Siguió un silencio embarazoso, que duró bastante rato, hasta que, al fin, uno de los feligreses que estaba sentado muy atrás, dijo, levantándose:

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego, por eso estamos aquí.

—Señor, con todos los respetos, los mozos y yo queremos saber, ¿qué fue lo que San Atanasio hizo por Irlanda...?

● Para eso de las preferencias... Otro día, y me despido, te hablaré, Dios mediante, de un Santo que, si no me equivoco, te será preferente. ¡Tus amigos, los Santos!

Con mentira y sin amor

Por IJCIS

1. DESENFOQUE INICIAL

Con diversas palabras, en todos los tonos y desde muy distintos ángulos se nos viene diciendo con malhadada insistencia que hay que ponerse a la escucha del mundo moderno y descartar definitivamente toda actitud doctrinal y paternalista de quien se cree poseedor de todas las respuestas o de toda la verdad; que se ha de revisar a fondo el juicio y la perspectiva con que hasta el presente nos habíamos situado frente a la historia y a los demás hombres; que para ello se hace indispensable reformar y aun cambiar fundamentalmente toda la compleja mentalidad que desde siglos ha constituido la base misma de nuestro pensamiento y acción...

¿Qué decir de todo esto? Que se quieren corregir desajustes parciales y posibles desorientaciones momentáneas, perfectamente localizables en el tiempo y el espacio, con injustos juicios apriorísticos generales y un *desenfoque inicial* absoluto.

Cualquiera creería que los problemas estuvieran en el Evangelio y la solución en el mundo moderno, cuando es todo lo contrario. Lo cual no obsta para que se estudien todos los problemas nuevos, cuya respuesta y solución posible, aquí y ahora, estará siempre en el Evangelio y, por consiguiente, en el cristiano.

¿Quién no ve que la Iglesia nos habría engañado por colocarnos en perspectivas tan falsas e inducirnos a juicios religiosos tan erróneos nada menos que sobre todos los otros hombres y sobre la propia historia, hasta el punto de que ahora sea inevitable una profunda revisión?

Sería como decirnos, en buen castellano, que la Iglesia desde siglos nos ha estado estafando. ¿Qué significa, si no, que tengamos que modificar a fondo toda una compleja mentalidad que ha constituido como la plataforma de nuestra intelectual actitud y práctica actuación? ¿Cabe acusación más tremenda y generalizadora, no ya contra una persona o institución y en un tiempo determinado, sino contra toda la Iglesia y a lo largo de siglos?

Que una persona o un grupo de personas en su vivencia cristiana no hayan acertado con el enfoque justo y se hayan equivocado en sus apreciaciones, y esto en tal forma que la renovación conciliar sólo pueda arraigar en ellas con la radical modificación de su mentalidad y de la posición básica de su pensamiento y acción, eso siempre se ha dado en la historia eclesiástica y se dará siempre. La mejor prueba es el error manifiesto de quienes así hablan y así escriben ahora. Pero que tal enormidad se achaque tan ligeramente a «los cristianos», o sea, a la Iglesia, sin matización alguna, traspasa los límites de la peor imprudencia para pisar los linderos del escándalo.

2. CALUMNIADORES DE LA HISTORIA

Entre las más hirientes aristas del posconcilio está la novísima casta de escribas casquivanos y gárrulos charlatanes, para quienes todo lo anterior es condenable: porque el bien y la verdad han nacido con ellos. Constituyen el más vivo contraste con los empedernidos panegiristas del pasado (*laudatores témporis acti*) y habrá que ubicarlos en los antípodas de Jorge Manrique, el de «cualquier tiempo pasado fue mejor».

Se complacen en las más indignas (e indignantes) críticas a la Madre Iglesia, que sacan sangre del alma.

La Iglesia, desde Trento sobre todo, se habría encerrado en sí misma, habría enterrado los talentos y escondido bajo el celemín la luz del Evangelio.

¡Santo Dios, qué ligereza, cuánta ingratitud y qué injusticia!

Y entonces se cristianiza todo un continente, desde los hielos de Alaska hasta la Tierra del Fuego, y se realiza el milagro católico de Filipinas. Entonces fue pequeño el mundo para Javier —el hombre más grande en su línea que ha tenido la Iglesia de Dios, «comparable sin duda con los mismos Apóstoles» (Benedicto XV). Entonces el esclavo de los esclavos, Pedro Claver, bate todas las marcas del heroísmo perseverante y continuando en la catequización de los negros; Luis Beltrán y Francisco Solano y José Anchieta riegan con sus sudores y asombran con sus milagros y vigorizan con su verbo apostólico las cristiandades inmensas de Sudamérica; los «doce Apóstoles» franciscanos emulan en Nueva España a los Apóstoles de Jesús; los mártires del Canadá fecundan las tierras de Nueva Francia; Junípero Serra siembra de Misiones el Oeste americano; Africa es en gran parte roturada para la semilla del Evangelio; el mundo se hace lenguas del original ensayo de las Reducciones del Paraguay, del ecumenismo arriesgado de los Nóbili y Ricci, de los Possevino y Verbiets, del benedictino gallego Rosendo Salvado en Australia (el que introdujo en Europa el eucalipto), de los Foucault y Lavigerie..., y aún no ha salido de su asombro ante la caridad sublime del P. Damián.

Es el tiempo dichoso en que la Cristiandad se ilumina con la simpatía de Belarmino, la gracia de Felipe Neri y la dulzura de Francisco de Sales; cuando se aroma con la Rosa de Lima, la Azucena de Quito y la Florecilla de Lisieux, o con los ensangrentados Lirios de María Goretti, Lázaro Molle y Josefina Vilaseca; cuando la tierra se puebla de Angeles, que un día son Kostkas y Gonzagas, y otro día se llaman Gabriel de la Dolorosa y Domingo Savio.

Edad feliz aquella en que enjoyan a la Iglesia con mil variadas galas de tantas familias religiosas los patriarcas insignes cuyo nombre es legión: el Capitán de Loyola, José de Calasanz, Vicente Paúl, el Señor de Lasalle, Juan Bosco, Mons. Escrivá...

¿Cómo ensalzar sin asombro a la *mujer fuerte* de los últimos siglos? ¡Honor inmortal a Teresa de Jesús, a la Baronesa de Chantal, a Madre Sacramento, a Sofía Baralt, a Ignacia de Santa Teresa, a la Señorita Segovia!

¿Para qué hablar de los insignes Obispos, como San Carlos Borromeo y Santo Toribio de Mogrovejo, San Antonio Claret y Monseñor Espínola; de los cardenales egregios, como el noble seglar veneciano Contarini, los eximios ingleses Newman y Pole, el sabio belga Mercier, el santo español Merry del Val; de los Pontífices estupendos San Pío V y San Pío X; espíritus de llama, Pío IX y Pío XI, corazones intrépidos; León XIII y Pío XII, lumbrera en el cielo?

Epoca denigrada, la de la mejor mística y ascética: la de Avila y Granada, de San Juan de la Cruz y el cardenal de Bérulle, del padre Fáber y Columba Marmión, de Isabel de la Trinidad y sor Angeles Sorazu; la de los *Ejercicios y las Moradas, Filotea* y el *Cántico Espiritual*...

Vaya también el recuerdo y la admiración emocionada a los mártires de China, Méjico y Rusia, en el siglo XX; de Uganda y del Tonquín, el XIX; de Francia, el XVIII; del Japón, el XVII y XVI, con la prueba más sangrienta y la cosecha de palmas más exuberante (si exceptuamos la Española de ayer).

¡Bendita Madre Iglesia! En tus reales, también en este tiempo, ni las rosas ni los lirios faltan!

La gracia obraba maravillas en todos los estamentos del Pueblo de Dios. Al paso salen: el canciller Santo Tomás Moro y el pordiosero San José Labre; Donoso Cortés y Ozanam; el Beato Contardo Ferrini y el profesor argentino Manuel Estrada; la sirvienta Gema Galgani y el Marqués de Comillas; García Moreno y el Angel del Alcázar...

Y no hemos citado los actos sacramentales y los villancicos; San Pedro y El Escorial, y el Valle de los Caídos; la prodigiosa polifonía de Victoria y Palestrina, y la Custodia maravillosa de Toledo; las Inmaculadas de Murillo y Ribera y el Cristo de Velázquez y las aladas llamas del Greco y los monjes transfigurados de Zurbarán...

Los que tanto hablan hoy de hermanos separados, no debieran olvidar la magnanimidad de Trento con los protestantes y los trabajos ulteriores con los ortodoxos; tendrían que aludir siquiera a la correspondencia entre Leibnitz y Bossuet, al retorno de los Rutenos y de venerables patriarcas orientales, al Movimiento de Oxford y a las Conversaciones de Malinas.

¡Por amor de Dios! No seamos ingratos con tanto celo e iniciativas de nuestros mayores. Es la edad de las Congregaciones Marianas, del Apostolado de la Oración y de la Acción Católica; de la Adoración Nocturna y los Congresos Eucarísticos. ¿Cómo no evocar la Propaganda Fide —Estado Mayor del Ejército de conquista de la Iglesia—, la Obra de la Propagación de la Fe y la de San Pedro Apóstol, la Unión Misional del Clero y la Santa Infancia, las encíclicas «Máximum illud» y «Fidei donum»?

3. EL MITO DEL CONCILIO

Se habla neciamente hoy de la *Iglesia-Geto* anteconciliar, porque concentraba sus fuerzas para expandirlas con impetuosa vitalidad; porque se defendía de los errores para iluminar a TODO el mundo con la luz incontaminada de la CATOLICA FE.

Hay un afán morboso de desprestigiar nuestro catolicismo, como si fuéramos el lastre pesado de la Nave de Pedro, la rémora de toda renovación y avance, la oveja negra del rebaño de Cristo. Y lo que es ya el colmo del absurdo, cual si fuéramos un obstáculo a la unidad (¡!).

¿Quién más amante de la unidad que el que aborrece la separación y por más grave tiene el pecado que la produce? ¿Y qué más ilógico sofisma, como si el catolicismo español, precisamente por ser tan decididamente católico, fuera por eso menos universal? Y encima la mentira calumniosa de encerrarnos dentro de nosotros mismos y de querer sólo para nosotros —al igual que en otro tiempo los judíos— el tesoro de la fe.

Algo de esto parece querer insinuar el Boletín de Pastoral Litúrgica de la Of. Diocesana de Prensa e Información, diciembre 71, en unas «Reflexiones» irreflexivas con gratuitas suposiciones, a propósito del Mensaje universal de la Epifanía, que, por lo visto, la Iglesia no habría descubierto... hasta el Vaticano II. Se confunden lastimosamente los niveles y se entremezclan en un lío de confusión planos diferentes. Y lo que es más grave, se echa todo a perder, en contradicción flagrante con la consabida desgraciada apelación a la «Conjunta».

Habría que mencionar también el editorial de «Vida Nueva» del 8-I-72, a propósito de ese supuesto parcial acuerdo (que no es tal acuerdo) entre la Iglesia Católica y la Comunión Anglicana... Se preguntan, en un exceso de mal entendida humildad y con evidencia de inseguridad en la Fe: «¿Quién puede enorgullecerse de poseer la verdad y, sobre todo, de poserla toda?»

Claro está que es el summum de las *nuevas perspectivas y nuevas angulaciones* conciliares. Vamos a ver. El más *abierto* documento del Vaticano II, el Decreto sobre el Ecumenismo, afirma categóricamente: «Aunque la Iglesia esté enriquecida con TODA la Verdad revelada por Dios y con TODOS los auxilios de la Gracia...»

¡Pero así calumnian al Concilio y engañan al pobre Pueblo de Dios las revistas... de la Jerarquía!

A la caza de verdades

Por M. SEMPRUN GURREA

EL INDICE.—Razón tenía el Abate Emmanuel Barbier cuando a primeros de siglo escribía en su magnífica obra sobre «Infiltraciones Masónicas en la Iglesia», que una de las Instituciones Romanas más temibles para los enemigos de la Religión era «La Sagrada Congregación del Indice». Por eso, ya desde la tercera etapa del Concilio de Trento (1562), algunos «infiltrados» protestaron, no con el fin de abolirla —por entonces la audacia era menor que ahora—, sino con el de suavizar sus decisiones. El Indice que había publicado Paulo IV era excesivamente riguroso; sin embargo, no desapareció la Sagrada Congregación, pero se tuvo muy en cuenta la formación y las intenciones, bien fuera para conceder más amplios permisos a los lectores o para corregir parcialmente, en vez de una condenación total. No satisfizo esto a los enemigos, pero tuvieron que contentarse ante los caracteres enérgicos de aquellos Papas felizmente reinantes en esos siglos.

El demonio, mono imitador de Dios, sabe esperar con paciencia el momento oportuno y no ignora que en una lucha secular hay tiempo suficiente para ir reforzando las huestes. Lo que pudiéramos llamar el «comienzo del final» de la guerra a muerte (y en muerte del Indice acaba) se lo brinda Francia, la hija mayor de la Iglesia; empezando por Voltaire en el siglo XVIII; pues aunque nacido en el XVII (1694), era todavía un niño en los principios del siguiente. Su figura es harto conocida, como también su impiedad satánica, pero no lo es tanto la definición que hizo de él uno de sus profesores jesuitas, del Colegio de Clermont, que caló muy pronto al alumno: «Puer ingeniosus, sed insignis nebulo.»

Antes de morir Voltaire en 1778, la famosa Enciclopedia, nacida en 1745, le había ofrecido sus páginas para que en ellas colaborara junto con otros muchos a los que se dio en llamar «filósofos» (muy pocos lo eran) por falta de imaginación para inventar otro «apodo» o sobra de presunción para creer que merecían ser así denominados. En 1757 todos los enciclopedistas estaban en desacuerdo unos con otros; se formaron diversos grupos y hasta distintas «escuelas», y para acabar de arreglar las cosas, entran en la «Enciclopedia» los católicos avanzados y los curas progresistas. (Estas plagas, consideradas muy de nuestros días, son tan viejas como el cólera, o la lepra, que no hace mucho asomaba de nuevo en Estados Unidos...) El abate de Prades presenta en la Sorbona una tesis racionalista que reproduce la Enciclopedia y causa gravísimo escándalo en algunos sectores, especialmente entre el Episcopado (¡en esto sí que hay que reconocer que ha cambiado Francia!...). El mismo Parlamento se estremece y secuestra a la Enciclopedia; su director —Diderot, entonces— se asusta por lo que le supone de pérdidas económicas. Un amigo, el señor de Jaucourt, le ayuda para que se imprima clandestinamente y se propague por el extranjero. Los masones están al acecho; pagan numerosísimas suscripciones de bienhechores. ¿Quién se resiste? ¿Lo hace acaso la católica España a la hora actual, evitando la publicación de «Play Boy», de «Bocaccio», de las obras de Evely, de Küng, de ciertas otras de cine o teatro, cuyos títulos, de suyo escalofriantes, sirven de acicate a la curiosidad?

En 1772, *vencidos* los obstáculos, la Enciclopedia se publica sin impedimentos; es casi totalmente propiedad masónica. Un puñadito de valientes, pobres por ser honrados, fundan una «contra-enciclopedia», y hasta en algunos salones de la aristocracia —como en el de los «La Ferté-Imbault»— se pretende editar una «Enciclopedia cristiana». Apoyan estas ideas algunos obispos, por ejemplo, monseñor Cristóbal de Beaumont y monseñor Franc de Pompignan, pero los demás, junto con los predicadores a la moda, en lugar de combatir errores, se dedicaban a la «pastoral social», abriendo, cada vez mayor, la brecha por donde entraba la mentira o quizás, con visión del futuro, preparándose para hacer amistad con la Revolución, que iba ganando terreno.

Si hubo alguna unión entre los enciclopedistas fue su espíritu de destrucción y de negación, la supresión de todo milagro, de todo misterio, de la metafísica, de la obediencia; se proponía libertad absoluta para pensar, actuar, hablar, leer *sin restricciones de autoridades religiosas*, y en una palabra, aburrida por lo monótona, la tolerancia universal.

Estalló la Revolución; el demonio, que se había metido en demasiadas cosas a la vez, olvidó lo del Indice por estar muy ocupado destruyendo, profanando, arrancando, eliminando, etc. Después vino el imperio, y con él, las locuras guerreras de Bonaparte, que atañen a toda Europa; pero a principios del siglo XX, después de los ataques «carbonarios» (secta masónica) contra Pío IX —el Papa de la Inmaculada, ¿cómo no iba a ser perseguido?—, sube al Trono de Pedro, después de León XIII, hombre sencillo, bondadoso, por más señas, campesino de humilde origen, y el Infierno compra armamentos...

Uno de los que primero *meten*..., quiero decir, se equivoca, es el cura doctor Marcelo Rifaux, que escribe y perora contra el atentado «al valor de la persona moral»; le secunda el abate Dabry, que tranquiliza al pueblo diciendo que no se trata de un complot contra la fe, sino de una súplica al Papa pidiendo la reforma de la Congregación del Indice: «¿Se puede imaginar nada más natural que el hecho de que unos católicos pidan al Papa respetuosamente que vea la manera —en su inmensa sabiduría y bondad— (esta frase se repite mucho al hacer peticiones) de suavizar dificultades y obstáculos?» (20 julio 1907). Habiendo fracasado el proyecto francés, lo renueva «un grupo de católicos alemanes» en el que entran masones y protestantes; no hacía mucho que se había puesto en el Indice un libro del italiano Fogazzaro, el cual, en una conferencia dada en París había declarado sin reparos que el nombre de «Giovanni Selva», dado a su obra, pertenecía a una realidad cuyo verdadero nombre debía ser: «Legión». «Trabaja y piensa en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en América. Tan pronto lleva sotana como se viste de paisano. Promueve la rebelión en las Universidades y se recrea en los Seminarios.» ¿Le han reconocido, lectores?

Buenos organizadores, los alemanes preparan el documento, se exige secreto absoluto en la cuestión de los firmantes, los juramentos están calcados de los célebres de la masonería; incluso a los que no quieren firmar la petición se les obliga con amenazas a guardar el secreto de la adhesión pedida. Cuando hay bastantes miembros se forma la Liga de Münster, presidida por un comité en el que entran profesores de Universidad, como el Barón Von Hertling, de la Escuela de Agricultura; como Martin Fassbender, de la Cámara de Diputados; como Charlottemburg, de los Tribunales y de la Curia. Se decide enviar a Roma carta certificada y al mismo tiempo se resolverá la duda surgida de hasta qué punto se descubrirán al Papa las Bases de la Organización...

Como una carta no bastó para engañar a Pío X el Santo, se pretendió hacerlo con nueve; de algunas copiamos a continuación frases muy significativas:

«Santísimo Padre: No ha podido escapar a la solicitud paternal de V. S. que el progreso que arrastra a la humanidad a la búsqueda de bienes superiores y principalmente en la lucha intelectual teológico-filosófica de nuestros días, toda orden formal expone a quien la recibe y a sus discípulos a un peligro de rebelión definitiva...»

«Santísimo Padre: ... No ha escapado a los respetuosos abajo firmantes que ha habido Obispos perplejos ante las denuncias hechas a la Congregación del Indice, viendo que sus «imprimatur» han sido anulados por la condena.» (¡Lástima que no continúe la perplejidad episcopal...!) «Dignaos, Santísimo Padre, *descentralizar* la Congregación del Indice.»

«En fin, Santísimo Padre, suplicamos que os dignéis suprimir la excomunión y hacer de la obediencia un simple deber de conciencia personal...»

Pío X, en su Encíclica «Pascendi» subraya estas reclamaciones, en particular la del Indice, como ejemplo «de la manía reformadora que se ha apoderado de los modernistas». El Papa Santo y Sabio decía, en una alocución, el 17 de mayo de 1914, que «pretender conciliar la fe con el espíritu moderno no lleva solamente a la disminución, sino a la pérdida total de la fe».

Murió el insigne Pontífice y le sucedió Benedicto XV, a quien mató la pena de la guerra y a quien el masón Presidente Wilson usurpó los puntos propuestos por el Jefe de la Iglesia como fundamentos de paz. Luego fue elegido Pío XI, el cual supo usar la misma energía al llamar a Mussolini «César de estuco», como al proclamar al Comunismo «intrínsecamente perverso». Después, al darse la noticia de su fallecimiento, hasta en la marinera Marsella, «meretriz y publicana», sollozaba la gente de rodillas en las calles. Y llegó Pío XII, ante el cual —como ante Cristo, guardando las debidas proporciones— no se podía permanecer indiferente: o se le adoraba o se le odiaba. «El Papa del siglo» le llaman los que bien le conocieron. Y por fin llegaron los funestos años últimos del siglo, profetizados en Fátima. El Indice ha sido abolido; en manos de cualquier adolescente pueden caer y caen todos los errores, los disparates, las confusiones. ¿Que antes podían igualmente leer lo prohibido, si les daba la gana? Había un temeroso respeto a la autoridad de la Iglesia, había una fe profunda y una idea de los «Novísimos»: muerte, juicio, infierno o gloria. Se sabía que para los que estaban muy bien formados, para los que sinceramente neecsitaban enterarse, argumentar, refutar, el permiso se conseguía. ¿Son más cultos los pueblos, son más felices los jóvenes? Demos algunos datos: 18.000 suicidios en París en el año pasado; edades, entre quince y veinte años. Cuatro millones y medio de crímenes mayores en Estados Unidos, en 1971; dos millones de abortos, allí, en las mismas fechas, además de los clandestinos; y se comprende, pues, si no tienen fe, ¿para qué buscarse cargas o traer a otros seres para que sufran? Aumento pavoroso de drogados, los manicomios no pueden ofrecer un catre libre en Inglaterra, Alemania, Norteamérica, etc. ¿Es todo debido a la supresión del Indice? Todo no, pero en gran parte y junto a otras miserias, *sí*. Ya no se puede prohibir ni condenar a Küng, ni a Evely, ni a Leita, ni a Schillebeeckx, ni a Oraison, ni a Laurentin, ni a Curran, ni a tantos otros. Y los discípulos exclaman: ¡Si Roma lo permite...!

Y los que buscan la Verdad, se encogen de hombros, y como Pilatos, preguntan: ¿Cuál es la Verdad? Si el gobernador romano hubiese tenido buena intención, se lo hubieran explicado.

¡Hay un gran número, Señor, que busca *de veras la Verdad*! ¿A quién irán si no a Tu Vicario, al cual legaste el poder de pronunciar *Palabras de Vida Eterna*?...

Aspectos de la "Conjunta" que no conviene olvidar

Por Daniel Vega

Me refiero a la Asamblea de los 146 votos por un lado y 137 por otro que tuvieron dos proposiciones política y socialmente demoledoras. La «Conjunta» dio su curso a semejantes propuestas y, por tanto, es responsable al permitir que se discutieran tales condenaciones de la Iglesia del 36 y la trituración del Ejército, como hiciera Azaña en sus malos tiempos con el júbilo universal del marxismo campeador.

¡Cómo sería el escándalo cuando «Mundo Obrero» y la Radio Pirineos felicitaron efusivamente a la «Conjunta» por haber *emancipado* a España de la tutela clerical!

Las revistas de línea progresista que estoy leyendo «echan las campanas al vuelo, ponderando la hombrada de la Asamblea al romper los vínculos seculares que han unido a la Iglesia con el Estado y habían dado al catolicismo un estatuto de oficialidad, con propuesta de rotura del nudo gordiano del concordato».

Las felicitaciones más ardientes vienen de los enemigos de España «Le Monde», «Radio Moscou» y los subordinados que preside la Pasionaria y Santiago Carrillo.

Sólo esto bastaba para que se sonrojaran, si son capaces de sonrojo, esos 137 señores que condenan la resistencia hispana a las fuerzas comunistas del mundo entero.

Estas dos propuestas y el aplauso de los enemigos de España me confirman en la opinión que he formado del espíritu muy poco sobrenatural que distinguió a la Asamblea, un mucho política y una orientación revolucionaria declarada.

No hay sino hacerse la pregunta consabida: ¿A quién aprovecha esta tensión, casi guerra ideológica entre la Iglesia y el Estado? ¿A quién? Al comunismo. Está ciego quien no lo vea. Al marxismo y a los enemigos de nuestra Patria. No hay que ver otra cosa sino el regodeo con que se frotan las manos pensando que ellos, con todos sus esfuerzos, no han podido derribar a Franco, ni con el bloqueo de la O. N. U., ni con el proceso de Burgos, ni con la invasión de los «maquis», y, sin embargo, abrigan esperanzas ahora que observan la preparación del enemigo interior, *que son los curas y obispos progresistas.*

No despreciamos a este enemigo, sino que lo valoramos en toda su fuerza y malicía, pero creo sinceramente que el Señor Dios, que hasta ahora ha dirigido los pasos de este Caudillo Providencial, no le va a abandonar ante la arremetida de unos clérigos en rebelión. En los momentos de apuro sabemos que Franco llamaba a su capellán, le rogaba expusiera el Santísimo en su capilla, y allí, en oración con su esposa permanecía un par de horas, presentando a Jesús Sacramentado las dificultades políticas, muy graves algunas, para que El se las fuese resolviendo.

Hasta el presente no le ha fallado el sistema, y creo que tampoco le faltará en adelante, ante la acometida de la Iglesia «en renovación». No hay que despreciar la sentencia de Don Quijote a Sancho: «Amigo Sancho, con la Iglesia hemos topado.» Sentencia pronunciada cuando vio la Iglesia de El Toboso a la vista.

Hasta ahora tan sólo hemos aducido el testimonio de los enemigos de Dios y de España, que no es pequeño, para probar que la Asamblea Conjunta tenía cariz marxista.

Pero falta reforzar esta tesis con dos argumentos más, que son de importancia.

Se trata del segundo, que es la trituración del Ejército al estilo de Azaña, que se preciaba de haber destruido al Ejército para dar paso a las milicias marxistas. No lo consiguió del todo, y gracias a ello el triturado fue Azaña y los dirigentes de su Gobierno. Quedaba Franco al frente de sus tropas, aunque disminuidas, pero suficientes para aniquilar a los enemigos de la Patria.

Esta trituración tratan ahora de realizarla 146 clérigos, 17 *juxta modum* y 13 en blanco. Estos últimos, al modo de Duguesclin, que nos narra la Historia, a favor de Don Enrique: «No pongo ni quito Rey, pero ayudo a mi señor.»

LA TRITURACION DE AZAÑA Y LA DE LOS 146

La tendencia es la misma. Bien lo explica en el número de nuestra revista don León Tejedor, fecha del 13 de noviembre.

La propuesta es contra los capellanes castrenses, alma del Ejército, si son como han sido hasta ahora, con espíritu sacerdotal y con espíritu patriótico.

Si son, como vienen ahora de algunos seminarios, con espíritu comunistoide, más vale que no haya ninguno, pues destruirían lo más sano que queda en España: el Ejército en sus diversas ramas de Tierra, Mar y Aire.

¡Qué celo desmesurado les ha entrado a éstos 146 clérigos por la salvación de las almas de los pobres soldados! Si fuera auténtica no merecería sino elogios.

¿Se cuidan de su salvación propia? ¿Por de pronto van sin la defensa del traje talar, a plena intemperie; con unas ganas locas de casarse, como lo han demostrado esas votaciones conocidas en toda la geografía hispana; con fines políticos, que no es otra la significación de la propuesta 51; con deficiencia de vida interior, como lo ha demostrado la encuesta de don Feliciano.

Si fuera el celo por las almas de los soldados no tendrían tan abandonadas sus propias Parroquias, en donde se les da como pasto espiritual no el Evangelio de Cristo, sino mítines políticos acerca del salario y del capitalismo, sobre los sindicatos y la Ley de Enseñanza, sobre la escasez de viviendas y el proceso emigratorio.

Azaña no consiguió su propósito de destruir al Ejército, como tampoco lo conseguirá ese genial don Felipe Fernández, de Plasencia, con su propuesta para eliminar a los capellanes castrenses.

¿Qué habría sido de los «conjuntados» de aquella Asamblea sin la Victoria de los Ejércitos? Descontado que no se hubieran reunido, porque no hubiera habido curas de haber triunfado la Revolución el año 36. A los que tuvieron los rojos al alcance de sus pistolas, los asesinaron a todos, y a los que quedaban en la zona nacional les liberó el Ejército, y en especial a Plasencia y su comarca, que es una de las poblaciones que más pronto se salvaron.

¿Quien iba a decir que de esa población surgiría un hijo ingrato, desconsiderado para los soldados de España, que restauró sobre hogueras y escombros la Iglesia Católica Apostólica Romana?

LOS NUEVOS CURAS

Henri Fresquet, mentor de los comentarios religiosos españoles de la línea progresista, escribe en «Le Monde» sobre la Asamblea Conjunta: «El Clero secular está profundamente desorientado.» Muchos sacerdotes no piensan más que en olvidar que no son como todo el mundo... y en administrar cada vez menos unos sacramentos en los que no creen (por motivos que merecen a veces ser tomados en consideración).»

Su colega André Frossard replica en «Le Figaro»: «Ya es tiempo de que los curas en cuestión hablen claro y nos digan qué sacramentos son exactamente en los que no creen, a fin de que no vayamos a pedírselos. ¿Es el Bautismo, la Confirmación o la Comunión? ¿La penitencia o la Extramaunción? De todas formas hay uno en el que parece creen con fiereza de hierro: el Matrimonio.»

Pero con las conclusiones del Sínodo de Obispos a este respecto, se han ido a tierra. Más de un cura la pagará con el Estado. ¡Qué vamos a hacerle!

Ya lo están pagando. Benelli se ha encargado de introducir curas progresistas que parece no tienen otra obsesión que acometer al Régimen con todas sus baterías.

No pierden ocasión en las Pastorales para fustigar a los gobernantes: que si el campo está abandonado; que si las chabolas; que si la industria es deficiente... ¿Para qué seguir? Para estos clérigos parece como si no hubiera habido pobres nunca.

UNA AZAFATA MINIFALDERA EN LA ASAMBLEA MARXISTA

Afirma el señor Gil de Sagredo que apareció en la Asamblea una azafata minifaldera repartiendo hojas, documentos, escritos, réplicas y encargos diversos que se le confiaron para distribuir.

¿No tenían algún seminarista para ese oficio?

Pero ahora, como escasean tanto, se supone que no encontraron ninguno de ellos para que cumpliera este servicio.

He leído que la Asamblea no envió mensajes ni a Franco ni al Papa; a Franco no se lo envió por la cantidad de beneficios que ha hecho a la Iglesia, en tanto grado que no hay memoria en la Historia de un gobernante que haya favorecido tanto a la religión. Los representantes de la Iglesia no se lo agradecen. Si hubiera sido un verdugo —como Stalin—, entonces seguro que todo serían zalemas.

Y al Papa no le han enviado tampoco mensaje ninguno porque ya sabían del carpetazo que iba a dar a los aspirantes al matrimonio, que son legión, como así ha sucedido. Algunos clérigos, como en Asturias, han tirado por la calle de en medio y están celebrando Misa rodeados de su mujer y sus hijos. ¡Luego dicen que no está el Anticristo a la vista!

ACCION POLITICA

«La acción política debe ser fiel a las fuentes de donde arranca y debe ser audaz en abrir amplios y numerosos cauces por donde discurran las aguas nutricias y creadoras. Esa acción ha de limitar, por un extremo, con la lealtad a los principios inamovibles que la determinan, y por otro, con una exhaustiva vocación de descubrimiento, de originalidad y de imaginación capaz de suscitar un amplio número de asistencias en orden a hacer sensible la viabilidad de los principios.

Si nos concretamos al campo del sistema español, bien podemos decir que la acción política se está desarrollando dentro de las normas del diálogo, en tanto ése es el camino que sigue desde hace muchos años nuestra democracia orgánica. Camino llamado, tras la aparición de la Ley Orgánica del Estado, a profundizar, ensanchar la expresión de las diversas opiniones y pareceres.»

(*De «Arriba»*.)

AXIOMAS DOGMATICOS

LOS TITULARES DE LAS IGLESIAS

Por JESUS GONZALEZ HERNANDEZ

SACERDOTE

Me niego rotundamente a que haya muchos titulares de Iglesias. No hay más que un titular: «*Iglesia de Jesucristo*».

Entendámonos. Yo doy la vuelta a una esquina y pregunto: ¿De quién es esta casa? Me contestan: De don Robustiano Focas. Paso otras tres o cuatro casas y vuelvo a preguntar: ¿Y esta otra? Y me responden: De don Robustiano Focas. Sigo adelante, y pasadas cinco o seis repito la pregunta: ¿Y esta otra casa? Me responden: De don Robustiano Focas... Entonces, ¿dónde tengo que ir cuando me digan que vaya a casa de don Robustiano Focas?, porque todas se llaman igual, y con razón, porque el dueño es el mismo. Entonces vendrán las explicaciones para distinguir unas de otras. Pues algo así pasa con la Iglesia de Jesucristo. No hay Iglesia de San Pedro, ni de San Pablo, ni de San Gregorio, ni de San Lucas. No hay más que Iglesia de Jesucristo, porque de todas es el amo y TODAS se han construido para su culto y adoración, pero como son muchas será necesario un distintivo para saber a cuál de ellas nos referimos, y de ahí vienen las denominaciones secundarias que algunos convierten en principales.

Por eso cuando decimos «Iglesia de San Pedro» queremos decir Iglesia de Jesucristo, al que honramos valiéndonos del Príncipe de los Apóstoles. Y siendo esto así, ¿qué cosa más natural que colocar allí su imagen como distintivo que nos sirva para distinguirla de otra Iglesia? Y si San Pedro fue compañero tan íntimo de San Pablo, ¿qué cosa más natural que coloquemos también parejo a él, aunque en lugar más bajo, al Apóstol de los Gentiles? Y si éste en realidad no fue Apóstol del Colegio de los Doce, ¿qué cosa más natural que por allí a sus alrededores nos hallemos con las imágenes de los demás Apóstoles? ¿Y será esto contrariar al Vaticano II? No seamos tan ridículos intérpretes e iconoclastas expositores de la voluntad del Concilio.

Pues lo que digo de esa Iglesia, digo de todas las demás. ¿Qué extraño que donde está Santa Inés esté Santa Agueda? ¿Y que donde está Santa Teresa tenga también su altar San Juan de la Cruz y San Simón Stock y San Elías profeta y Santa Teresita del Niño Jesús? Por eso pueden hallarse sin quebrantar la voluntad del Concilio Iglesias de doce o catorce altares para cuando llegue la fiesta de cada uno tan íntimamente unido a los demás y TODOS en la IGLESIA DE JESUCRISTO, que es el único titular verdadero.

Así es cómo al crecimiento de la Iglesia Santa han ido surgiendo esas que ahora quieren que sean añadiduras antidogmáticas que disminuyen el culto del verdadero Dios cuando en realidad lo realzan y sirven para conducirnos a El.

¡Con qué sabiduría preguntaba el P. Astete refiriéndose a la imagen de la Virgen: «Y la que está en el altar, ¿quién es?» Y respondía: «Es una imagen y semejanza de la que está en el cielo.» Y proseguía: «¿Y para qué está allí?» Y finalizaba: «Para que por ella nos acordemos de la que está en el cielo y por ser su imagen la hagamos reverencia.» Si, señores iconoclastas. Y recordando a la Madre nos acordemos del HIJO y también del Esposo, ¿por qué no? Y ya tenemos las tres imágenes de la Sagrada Familia de la tierra, que como aparecen en una iglesita de Valladolid se hallan como complacidas bajo las imágenes de la Trinidad del cielo. Allá, encima, aparece la figura venerable del Padre Eterno, y entre El y su Hijo divino la simbólica del Espíritu Santo en figura de paloma, que une ambas personas divinas. Más aún, a los lados y tras hermosas columnas con sus artísticos capiteles asoman las estatuas que representan a un lado a San Joaquín y al otro a Santa Ana. ¿Y va a querer el Concilio que ese precioso retablo se destruya por exceso de imágenes y ¡porque aparta de la devoción al Santísimo Sacramento que allá en el fondo del Altar Mayor fulgura a la luz de la lamparita siempre encendida que avisa al que entra, diciendo en su mudo lenguaje: «¡Eh, alto! Lo principal, aquí»!

¿Luego habríamos de derribar esas hermosas Catedrales góticas de Burgos, León, Toledo, etc., donde los artistas colocaron no una docena, sino centenares de imágenes de Santos, de Mártires, de Confesores, de Angeles. ¡Si, señores, millares de ángeles como en el retablo de San Nicolás de Burgos! Todos haciendo corte al dueño de la Iglesia de Jesucristo. ¡Qué idea más ruin, más estrecha, más mezquina de la Religión y del Arte y del mismo sentido común de los fieles, que saben muy bien distinguir entre lo principal y su accesorio, y no tratan de destruir lo que lleva a Dios con tanta suavidad y naturalidad, distinguiendo una de otra la única Iglesia de Jesucrito!

Por otra parte, ¿cómo destruir imágenes de santos milagrosísimos como San Antonio de Padua, etc., o los naturales y Patronos del pueblo, ciudad o aldea, cuyos milagros auténticos se cuentan por centenares? CUATROCIENTOS CINCUENTA Y SEIS constan en el proceso de San Pedro Regalado, Patrón de Valladolid; todos ellos insignísimos; por ejemplo, el realizado cuando muchísimos años después de su muerte Isabel la Católica quiso visitar su sepulcro en la Aguilera, y tanta devoción la inspiró ver aquel cuerpo incorrupto que pidió por favor una reliquia para mandarla a su esposo Fernando, que andaba entonces en las guerras de Granada. Y por tratarse de dicha reina decidieron cortar una mano del santo. Al hacerlo brotó sangre, sangre viva, roja, caliente y la Reina y sus acompañantes se apresuraron a mojar sus pañuelos en la sangre del santo. ¡Milagro más insigne...! ¡Y hecho con personas de tan inmensa autoridad...! ¡Qué de particular que se erigiera una iglesia en honor de ese santo (¡y no la tiene!) en el gran Valladolid, su ciudad natal, en el cogollo de la ciudad, que es donde iba a ayudar a Misa, en el convento de los Franciscanos, convertido hoy... en teatro! Es verdad que tiene su imagen en la parroquia del Salvador, donde fue bautizado; pero ¿también le quitaremos de ahí... porque lo manda el Concilio? Buena carga tiene ya el Concilio de por sí para que le echen más sambenitos a cuestas.

Mucho más habría que decir de esta materia, pero no quiero cansar la paciencia de los lectores, que se estarán preparando para irse a paseo en su «Mercedes», y no es cosa de aguarles la fiesta recordándoles los disciplinazos y los cilicios del Santo, y el Convento del Abrojo que fundó, donde murió D. Juan II, que decía poco más o menos: «*Naciera yo fijo de un artesano e non de rey e fuera mejor fraile del Abrojo*.» La hora de la muerte aclara muchas ideas. Mientras tanto discutid el Concilio, los Santos, la Historia auténtica y arrasad de una vez todo lo que no sea convertible en un salón de cine o televisión. Escribo en un Sanatorio de donde se han quitado siete altares y capillas para convertir la Iglesia en cine. Eso sí, se ha construido otra, chata, achaparrada, arquitrabada, de tres metros de altura, para que respiren a sus anchas los tísicos, los enfermos de bronquios y pulmones y tengan que salir a la calle a tomar el fresco e ir a ella en este tiempo de invierno, lluvias, vientos, barros, etc.

Desde Mallorca

NO AZUZAR, PERO CANTAR CLARO...

Por UN SACERDOTE MALLORQUIN

En el semanario ¿QUE PASA?, defensor acérrimo de la Iglesia santa, con sus dogmas y sacramentos, y de toda la fe sencilla del Pueblo de Dios, hoy tan mal tratado por los que dicen quererlo servir y tienen sus oficinas y templos cerrados y las horas disponibles para atender a sus feligreses escasas y de prisa y corriendo; digo que en este benemérito semanario vi que los husmeantes curas propagandistas de cierta revista de confusión y que viven dentro de una línea modernista sin cuartel, iban derramando su venenillo en pro o en contra de sus hermanos, no sé si separados, pero si bastante distanciados, por prestar su ayuda al cronista mallorquín de este semanario, A. Terrado, después de la desaparición del griego y gracioso Filemón, mirando siempre a un mismo fin, de que se reconozcan y corrijan los entuertos dogmáticos y litúrgicos de estos señores que machacan al pueblo fiel con sus veleidades y caprichos, destruyendo de esta forma la fe católica, que fue orgullo de los pueblos mallorquines.

Gracias al cronista, A. Terrado, y a los varios innominados sacerdotes, yo, uno de entre ellos, que mandamos las escuetas noticias a nuestro querido ¿QUE PASA?, ya que, por lo menos, se manifiesta el que no todo se ha perdido en Mallorca. Aún quedan hombres responsables y conscientes de su vocación y ministerio, y que la débil voz que estos pocos levantan es el pensar de muchos de los sacerdotes que callan y sobre todo de la mayoría de los seglares mallorquines, que aman su catolicismo y su fe en Dios, sea con definiciones o sin ellas, pero con criterio sano y claro, aunque no sepan expresarlo en palabras, pero que en lo más íntimo de su corazón lo sienten y procuran vivirlo quizá mejor que los curas disfrazados.

Nos estorba tanta palabrería de estos curas parlanchines que no hay quien los entienda; no se sabe si quieren servir o ser servidos siempre y en todo lugar; querer el trato de TU por ser todos iguales, pero ir caballeros por eso mismo; si quieren vestir de seglar para que nadie se retire de ellos, pero ellos superarse a los demás y retirarse de los seglares para poder vivir a sus anchas a todas horas, en todos los lugares y con todos los sexos. De verdad que no hay quien los entienda.

Los domingos, al salir del templo donde se ha cumplido con el precepto de santificar el día del Señor, los comentarios van dirigidos, casi siempre, sobre lo que se ha hablado; no se pregunta sobre el sermón, sino sobre lo que se ha dicho, y he ahí la contestación más frecuente: ni me preocupo de lo que dicen ni me interesa, porque si les prestáramos oído, tiempo ha que habríamos perdido el camino del cielo y el del infierno, ya que todo dolor o gozo lo encontramos en esta vida. Otros comentan que ya nada vale si no se tiene en unión con los demás hermanos, ni siquiera confesarse solo; así que el acto penitencial que se tiene antes de la celebración litúrgica perdona mejor nuestros pecados que la confesión particular. Ni caso, aullidos de perro. Y así siguen los comentarios, todos dentro de una misma línea, sobre las charlas de los actuales curas jovencitos y corbateros.

Ni hablar de lo que se dice en bares, reuniones, viajes, etc., etc., de la Iglesia y su política, de los curas progresistas y aprovechados y de los que gozan con ventajas del pluriempleo, ni de la descomposición de los organismos apostólicos con asentimiento de las Jerarquías auxiliares o de sus favoritos, porque todo lo de Dios, como dice la gente, ya es noticia.

Suplico a esos sacerdotes innominados y al seglar A. Terrado que sigan siendo valientes y constantes en sus escritos, demostrando en eso, uno su fe recibida en el bautismo y aumentada en los sacramentos, y los otros su fidelidad al sacerdocio que un día con toda su voluntad y amor abrazaron, sabiendo que el sacerdocio era espíritu de oración, sacrificio y servicio en bien de las almas para llevarlas al cielo.

La Masonería, destructora de Imperios

Por Fátima FERNANDEZ GALINDO

Así andaban las cosas cuando es coronado Fernando VI. Por esos días se comenzó a hablar con temor y misterio de una organización maléfica, a la que de ahora en adelante encontraremos mezclada en todos los sucesos antirreligiosos y políticos que han ensangrentado y dividido a España. Como es de suponer, me refiero a la Masonería. El primer aviso contra esta tenebrosa sociedad lo dio el Papa Clemente XII por medio de la Bula *in Eminenti*, que condenaba a todas las congregaciones masónicas, siendo publicada el 24 de abril de 1738. Más tarde, al arreciar el peligro, Benedicto XIV renovó y confirmó la condenación el 18 de mayo de 1751. El ejemplo de estos Papas es seguido por muchos de sus sucesores, entre ellos citaré a Su Santidad León XIII, el cual en la Carta Encíclica *Humanum Genus*, del 20 de abril de 1884, dice entre otras cosas: «...Ahora, a ejemplo de nuestros predecesores, hemos resuelto declararnos de frente contra la misma sociedad masónica, contra el sistema de su doctrina, sus intentos y manera de sentir y obrar, para más y más poner en claro su fuerza maléfica e impedir así el contagio de tan funesta peste.» Por otra parte, está demostrado que la Masonería es obra judaica. Como lo atestiguan, entre otros, León de Poncins en *Las fuerzas secretas de la revolución*: «La Franc-masonería es una sociedad secreta. Está dirigida por una minoría internacional. Ha jurado un odio implacable al cristianismo. Estos tres rasgos característicos son precisamente los mismos que definen al judaísmo y constituyen la demostración de que los judíos son el elemento director de las logias.» Por su parte, el ilustre arzobispo de Port-Louis, monseñor León Meurin, en su *Filosofía de la Masonería*, escribe: «Los dogmas de la Masonería son los de la kábala judía, y en particular de su libro «Zohar» (Luz).» Y el eminentísimo cardenal José María Caro, arzobispo de Santiago y primado de Chile, en su obra *El misterio de la Masonería*, afirma: «El ritual masónico denuncia su origen judío: en los símbolos que utiliza.»

Pero volviendo de nuevo a Fernando VI, nos encontramos con su confesor, el padre Rábago, jesuita montañés, que fue uno de los primeros en fijar su atención en los masones, exponiendo sus temores en un Memorial dirigido al Rey. «Este negocio de los francmasones —decía— no es cosa de burla o bagatela, sino de gravísima importancia... Casi todas las herejías han comenzado por juntas y conventículos secretos.» Continuaba aconsejando al Rey que proclamase un edicto, prohibiendo, bajo graves penas, tales reuniones y destituyendo de sus cargos a cualquier militar o marino que se hubiese afiliado a ella, y tratándolos como reos de fe, por vía inquisitorial. «Lo bueno y honesto no se esconde entre sombras, y sólo las malas obras huyen de la luz», decía el padre Rábago, y terminaba diciendo que aun cuando no llegaran a cuatro millones los masones existentes en Europa, serían como poco medio millón, en su mayoría gente noble, muchos de ellos militares, «deístas casi todos, hombres sin más religión que su interés y libertinaje», por lo que él tenía serios temores de que aspirasen a la consquista de Europa.

Al Rey le convencieron estas razones, y el 2 de julio de 1751 hizo público desde Aranjuez un decreto «contra la invención de los francmasones..., prohibida por la Santa Sede bajo pena de excomunión, encargando especial vigilancia a los capitanes generales, gobernadores de plazas, jefes militares e intendentes de Ejército y Armada». (*Menéndez y Pelayo, obra citada.*)

Diez años después, al morir Fernando, es coronado su hermano paterno, Carlos III. De éste concuerdan todos los historiadores al decir que fue un simple monigote en manos de sus validos. Tuvo como consejero al último ministro de su hermano, al irlandés Ricardo Wall, rabioso enemigo del marqués de la Ensenada, del padre Rábago y de los jesuitas.

Menéndez y Pelayo, obra señalada, escribe refiriéndose a este Rey: «Era hombre de cortísimo entendimiento. Lo mejor que puede decirse de él es que tenia condiciones para ser un especiero modelo...» «Cuando tales beatos inocentes llegan a sentarse en un trono, tengo para mí que son más perniciosos que Juliano el Apóstata. Pues que basta decir, como Carlos III decía a menudo, «¡no comprendo cómo hay quien tenga valor para cometer deliberadamente un pecado, aun venial!» ¿Tan leve pecado es en un Rey tolerar y consentir que el mal se haga? ¿Nada pesaba en la conciencia de Carlos III la inicua violación de todo derecho cometida con los jesuitas? Mejor que él fue Felipe III, y más glorioso su reinado en algunos conceptos, y, sin embargo, no le absuelve la historia.» Sigue escribiendo: «La plaga del judaísmo oculto, recrudecida después de la unión del Reino de Portugal a la Corona de Castilla, vive aún después de la separación, y en todo el siglo XVIII da muestra de sí en los autos de fe, a tal punto que los relaxados en persona son casi siempre judaizantes.»

Por este tiempo se publicó cierta *Exposición de la doctrina cristiana o Instrucción sobre las principales verdades de la Religión*, su autor fue el teólogo francés Monseghi. La primera edición vio la luz en 1748. La Congregación del Indice la prohibió en 1757. El autor pidió a Clemente XIII que revisara su escrito, y en consecuencia el Papa respondió condenándolo. Y no terminó aquí la cosa, pues poco después se publicó un Breve en Roma, el 14 de junio de 1761, prohibiendo la obra. Este Breve lo recibió el Arzobispo de Lepanto, Nuncio de Su Santidad en Madrid, que se lo transmitió, como era costumbre, el inquisidor general, Quintano Bonifaz. Carlos III, aconsejado por el masón Wall y por su confesor fray Joaquín de Eleta, ordenó que no se diera a conocer el edicto papal, mandando recoger todos los ejemplares. El Inquisidor contestó que ya estaba circulando por todas las parroquias de Madrid y que de todas formas la orden real era «irregular y contraria al honor del Santo Oficio y a la obediencia debida a la cabeza suprema de la Iglesia, y más en materia que toca a dogma de doctrina cristiana». A esta respetuosa respuesta contestó Wall el 10 de agosto, desterrando al inquisidor al Monasterio de Benedictinos de Sopetrán. «Bonifaz, que no había nacido para héroe (¿y quién lo era en aquel miserable siglo?), se humilló, suplicó y rogó antes de veinte días, protestando mil veces de su fina obediencia a todas las voluntades de su Rey y señor, pidiendo perdón de todo si la real penetración había notado proposición o cláusula que desdijese de su ciega sumisión a los preceptos soberanos. ¡Y este hombre era sucesor de los Torquemada, Deza, Cisneros, Valdés y Sandoval! ¡Cuánto había degenerado la raza!» (Menéndez y Pelayo, obra citada.) El Rey le levantó el destierro, pero después de esta humillación, se puede afirmar que el Santo Oficio murió desautorizado moralmente. (*Continuará.*)

No, a la Comunión en la mano

Por el P. BERNARDO MONSEGU

El NO lo ha dicho el Papa en la Instrucción *Memorial Domini* de 1969. Comprobado el *abuso*, introducido en algunas naciones, de la comunión en la mano (y no por culpa de los fieles, sino de algunos sacerdotes esnobistas que consumaron el hecho «sin autorización de la Santa Sede»), el Papa dice que «nada se innove en este punto». En consecuencia, dice la Instrucción, «habida cuenta de la importancia del asunto y de los argumentos o razones a favor de la comunión en la lengua, el Soberano Pontífice juzga que no debe cambiarse el modo tradicional de recibir la comunión».

Y añade: «La Santa Sede exhorta, pues, *vivamente* a los obispos, sacerdotes y fieles a respetar la costumbre en vigor y que se confirma de nuevo, después de haber conocido el parecer de la gran mayoría del episcopado universal y mirando por el bien común de la Iglesia.»

SE TOLERA O TRANSIGE, BAJO CIERTAS CONDICIONES, CON LA INTRODUCCION, YA HECHA EN ALGUNOS SITIOS, DE LA COMUNION EN LA MANO, PERO SE PROHIBE QUE SE HAGAN NUEVAS INTRODUCCIONES.—Nótese que la prohibición es a partir de 1969.

En efecto, sabiendo el Papa los abusos introducidos ya en algunos sitios, *transige* con *autorizar* esa nueva modalidad, allí donde *ya esté* en uso, *siempre y cuando* lo acuerde la *Conferencia Episcopal* de una nación, acuerdo que deberá ser sometido a la aprobación de Roma. Tanto el acuerdo como la ratificación se harán mirando porque no se rompa la uniformidad o armonía que, en esto, debe haber en cada país. Este acuerdo y esta ratificación se produjeron, por las razones dichas, en Holanda, Bélgica, Francia, Canadá y algún otro país, donde quedó autorizado el nuevo uso, introducido antes como un abuso. Así y todo, nadie obligará allí a los fieles a estar al nuevo uso.

NO ES TOLERABLE SU INTRODUCCION EN ESPAÑA.—La razón es obvia, después de lo dicho. Si el nuevo modo de comulgar quedó en entredicho a partir de 1969, ¿cómo se puede innovar en el año 1972?

Por otra parte, la Conferencia Plenaria del Episcopado Español, a raíz de la consulta papal, se pronunció por *dos tercios* de los obispos, en contra de autorizar la innovación. Luego es claro que, habiendo condicionado el Papa la comunión en la mano a dos cosas: a) a que se haya ya *introducido* ese uso; y b) a que el episcopado de una nación reconozca que procede transigir con él para evitar mayores males, ni el uso se puede *introducir* ya en nuestra nación, ni un obispo (menos quien no es obispo) puede, por su sola iniciativa o autoridad, consentir que se introduzca.

Así nos consta, v. gr., que el obispo de Barcelona, ahora Primado de España, cortó de un modo tajante la innovación que, de un modo subrepticio, querían introducir algunos sacerdotes en su diócesis.

Creo que la cosa está clara y es ridículo que se diga que rompen la unidad y armonía del pueblo de Dios quienes defienden la ley y la tradición establecidas, y no quienes van contra la ley y chocan con la tradición establecida. En conclusión: los fieles no pueden con conciencia tranquila ofrecer la mano para comulgar.

La estrella que guía y el sacerdote que extravía

Por el P. JESUS ECHEVERRIA

Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo. Se trata de la estrella que guió a los REYES MAGOS y cuya festividad ha llenado de juguetes y alegría a todos los niños de España. Si los reyes no esperaban a la estrella, si los niños no en vano han esperado a los Reyes Magos, y si los niños no han visto a los Reyes Magos, los Reyes Magos sí vieron la estrella. Sin duda que en cielo debería haber muchas estrellas; pero o había una de especial magnitud o brillo que superaba a las otras, o era la única que parecía moverse y como invitando a seguirla. Y guiándose por ella, los Reyes Magos llegaron hasta donde estaba el REY que buscaban. Ese Rey que los Reyes buscaban, ha mudado su residencia; simbólicamente lo vemos todavía hoy en nuestros «Belenes», reducidos muchas veces infelizmente a una cuna; en realidad, reina ya verdaderamente en lo más alto de los cielos.

Sin embargo, para llegar hasta allí necesitamos ser guiados por una estrella que sobresalga de las demás, por su brillo y por su orientación hacia el cielo. Hay ciertamente muchas religiones, y éstas tienen sus estrellas; hay muchos hombres en el mundo, y de ellos muchos brillan como estrellas por su saber, poder, etc.; pero sólo hay una religión, sólo hay un hombre cuyo fin principal, por no decir único, es el de brillar y orientar hacia el cielo, a quien verdaderamente debemos seguir si queremos encontrar al REY, no ya de sólo los judíos, sino del universo mundo y de todos los hombres; ese hombre es el sacerdote.

En otros tiempos no era difícil encontrar ese hombre, ese sacerdote, esa estrella que todo el mundo veía, y los que de veras querían como los Magos encontrar a Cristo, la seguían. En los nuestros, esa estrella se ha eclipsado o por lo menos ha perdido mucho de su brillo al punto de no distinguirse ya de las demás. Como resultado, ved la confusión entre los fieles y la consiguiente disminución de las vocaciones sacerdotales. La Asociación de los sacerdotes de S. A. María Claret—por citar apenas un testimonio— nos decía el año pasado: «Es público y notorio que se cierran seminarios, que disminuyen las vocaciones, que apenas hay ordenaciones, que dentro de los propios seminarios ocurren hechos desagradables, que se amontonan las deserciones sacerdotales y religiosas.»

¿Las causas de todo esto? No es el rigor, la disciplina ni el encierro entre cuatro paredes, pues nunca ha habido más expansión, más libertad, más independencia. No es tampoco el sacrificio ni la oración, pues nunca ha habido más comodidades, más bienestar y menos recogimiento y oración. Si todo esto se ha tomado como una experiencia, ya es hora de que nuestras autoridades se den cuenta y corrijan este error, y se dé marcha atrás como se ha hecho con otras experiencias sobre la liturgia de la Misa. Aquí vendría muy bien una parábola que tiempo atrás yo leía en este mismo semanario sobre un florista, que siguiendo los consejos o conclusiones de ciertos organismos sobre la no necesidad de invernaderos o cuidados especiales para las plantas cuando eran tiernas, para que mejor se fuesen adaptando al medio ambiente y no sufriesen el choque del trasplante, echó abajo los invernaderos y cuidados especiales; y abajo se vinieron sus flores y por supuesto sus triunfos en los concursos de floristas. Para llegar a esto, entretanto, sólo ha sido posible después de que—abiertas ventanas, puertas y otras no pequeñas brechas en las fortalezas de conventos, seminarios, parroquias, etc.—los aires abrasadores, el simún de la sensualidad por un lado y, por otro, los gélidos vientos que han atacado y destruido las almenas de la espiritualidad, penetraron hasta el corazón de sus defensores; ese contraste de vientos, ese choque de fuerzas, esa unión maligna, ha provocado la consiguiente tormenta, cuyos negros nubarrones han oscurecido la inteligencia y han cegado el corazón.

Como confirmación de todo esto, es escalofriante el diagnóstico que la misma Comisión Episcopal hizo público por la prensa de la situación en España sobre la doctrina de la fe y moral, donde por parte de los sacerdotes de la referida encuesta, junto con religiosos y educadores religiosos como promotores de estas contestaciones, las verdades más puestas en cuestión son: la Autoridad jerárquica, el Magisterio y la Infalibilidad del Papa; en general se «contesta» el orden dogmático de verdades reveladas; el infierno; los misterios relacionados con la S. Eucaristía. Y siendo esto así, sería ilógico ser católico; mucho más ser sacerdote. ¿Puede acaso con esas doctrinas admitirse un sacerdote a desempeñar cualquier función en la Iglesia? Es como negar el Catolicismo. Con relación a las verdades que atañen a la moral sexual en general, el mayor número de respuestas en el diagnóstico se refiere, en primer lugar, a los sacerdotes y educadores religiosos como promotores de estas contestaciones, y son: contra la ilicitud de los modernos medios anticonceptivos; contra la ilicitud de las relaciones prematrimoniales; contra el celibato sacerdotal, la obediencia al superior, la existencia del Derecho natural y de las leyes naturales permanentes y la obligatoriedad de la ley humana. Bueno, esto ya es cuestión de Policía. Y no necesita de explicaciones.

¿Cómo querremos de esta forma salvar la escasez de vocaciones y en un futuro próximo de sacerdotes aún en España? La vocación no se hace; la vocación existe, porque es un don gratuito de Dios, nos lo dice S. Pablo. Pero como nuestra salvación no la obtendremos si no ponemos lo medios convenientes, si no la pedimos insistentemente, si no la preservamos y cuidamos en viveros hasta que se críen robustas y fuertes, sin abrir brechas, puertas ni ventanas, sino para que entre el aire sano y el sol revitalizador, que en nada se parece a todo lo que hoy penetra. Y este giro de casi 180° que hoy parece una utopía, en cuanto no se haga realidad, será inútil todo lo demás. Un milagro se requiere del cielo. Y éste sólo lo obtendremos por la oración. El dinero en este asunto poco resolverá. Pero que salga de un alma en gracia de Dios, que es la única que tiene fuerzas.

Propongámonos durante todo el tiempo que subsistan las actuales circunstancias, vivir no sólo en gracia de Dios, sino también recibir los sacramentos y oír la Santa Misa, a ser posible a diario, sin descuidar otras devociones, y habremos puesto el mejor y más sólido fundamento al edificio vocacional antes de que se derrumbe por completo. Sólo así podremos de nuevo ver reaparecer, sintiendo grandísimo gozo como los Magos, no en el cielo, sino en la tierra entre los hombres, esa estrella que ha brillado tanto y a tantos ha guiado al encuentro con Cristo, el sacerdote, que si no es estrella se estrellará, y si no brilla y no conduce a los hombres hacia Cristo y hacia el cielo, mejor que desaparezca; inútil y perjudicialmente ocupará el puesto que se le ha encomendado.

Frutos posconciliares

POR A. DE LA ROSA

«POR SUS FRUTOS LOS CONOCEREIS»

Sin ninguna clase de sorpresa, acabamos de leer la siguiente información facilitada por EFE y publicada en forma de llamar la atención, o sea, convenientemente enmarcada y con título y subtítulo en letras de gran tamaño:

«ANUNCIO DE LOS TRINITARIOS EN LA REVISTA «PLAY BOY»

(Está dirigido a promover vocaciones.)

Wáshington, 6.—Preocupada por el escaso número de candidatos al sacerdocio, la Orden de la Santísima Trinidad de los Estados Unidos ha publicado un anuncio de página entera en el último número de la revista «Play Boy».

El anuncio en la famosa revista «para hombres» costó a la Orden 10.000 dólares, pero los resultados han sido «abrumadores», según el reverendo Joseph Lupo, director de vocaciones de la Orden.

El reverendo Lupo dijo que estaban recibiendo «infinidad de cartas», y que a pesar de las críticas que ha provocado el anuncio en algunos medios católicos, ellos estaban contentos con los resultados.

Añadió que anteriormente había anunciado sin resultados en las revistas «Time», «Newsweek», «Life» y en los periódicos más importantes (EFE).»

Como sea que en ¿QUE PASA? este asunto de los anuncios es «tabú», pues nuestros amigos se sienten atemorizados ante las «amenazas» de grupos de presión, que para mayor escarnio se titulan católicos, carecemos de una tan saneada fuente de ingresos que permiten sostener tanta publicación deletérea como circula por estos pagos, y no es cosa por nuestra parte de ir adquiriendo números de «Play Boy» hasta acertar en el que ostente tan preciado anuncio, cuyo contenido nos gustaría conocer, aunque no se necesita mucha imaginación para suponer que su contenido debe ser muy parecido al siguiente tenor:

¡JOVENES «PLAY BOY» NORTEAMERICANOS!

Si queréis aseguraros un buen porvenir, inscribíos en nuestro Seminario, en el que encontraréis:

— Habitaciones individuales o colectivas, a vuestra elección, dotadas de todos los adelantos modernos: refrigeración, televisor, etc.
— Alimentación sana y abundante, a la carta o según menú de nuestro famoso «chef», y servida por lindas empleadas del hogar.
— Completo surtido de vestuario a medida, desde el traje de rigurosa etiqueta hasta el de más auténtico «hippy», a vuestra elección.
— Nutrida biblioteca con las obras completas de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, Teilhard de Chardin, Louis Evely, etc., y un espléndido surtido de publicaciones gráficas «Made in Danemak».
— Plan de estudios a vuestra elección, con examen aprobado de antemano.
— Libertad absoluta para entrar y salir a cualquier hora y con cualquier compañía.

No creemos pecar de exagerados al suponer que el éxito que según el reverendo Lupo ha tenido su anuncio en la revista «Play Boy» sea debido a un texto muy parecido al que antecede.

Desde Mallorca

Consideraciones

Por A. TERRADO

«NORAY». Con este título, a principios de diciembre, apareció en el estadio de la prensa local un semanario que fue recibido con satisfacción por muchas personas de buena voluntad, por venir a llenar un vacío de íntegra orientación para las familias cristianas. En sus páginas figuran plumas de nota tratando de historia, arte, investigación, teología, ciencias, etc. No se olvida la miscelánea, el deporte, cine, teatro, etc. Alguien me dijo: «Veo faltar una cosa en NORAY: el grito despertador, pero fuerte, contra tanta subversión promovida por elementos del clero joven». No esperes—contesté—escritos en forma belicosa, pero tal «grito» se da finamente en el Editorial, artículo (el mejor cada vez) sin firma, y cuyo estilo descubre la mente del hombre más preparado que tenemos en punto a filosofía y teología. Con la atención puesta en determinada doctrina de Paulo VI, hizo el siguiente comentario: *Si, efectivamente, se prescinde de la tradición, se sigue la contestación de la autoridad, la cual en la Iglesia no dimana del pueblo, porque Cristo la instituyó jerárquica. Igualmente, se confunde la índole de la sociedad civil con la de la sociedad fundada por Cristo, y se piensa en una adaptación a las formas democráticas de aquélla. También se tiende a eliminar deberes impuestos por la Iglesia, invocando falsamente su carencia de unos poderes de los que Cristo la revistió. Desgraciadamente, en Mallorca no han faltado motivos para que el «sensus fidei» —el «sentido de la fe»— del pueblo sencillo haya sido turbado «no poco» al oír una parte de ese mismo pueblo sencillo, como preparación para Navidad, que no existen pecados, sino que sólo existe el pecado; que éste no consiste en transgredir una ley, sino en faltar al amor, a alguien...; que se ha abusado mucho del sacramento de la penitencia, y que de esto tiene la culpa la Iglesia; que es Dios quien perdona el pecado, que lo perdona siempre y que lo perdona «directamente»; que la confesión es una institución de la Iglesia, y no de Cristo; que «lo que hacemos al principio de la Misa» no es una comedia, sino una verdadera confesión, la cual, por tanto, perdona todos nuestros pecados», porque el sacerdote pronuncia las mismas palabras que en el confesonario»; que, si creemos en las palabras de la consagración, también hay que creer en las que la Iglesia pone en labios del sacerdote en los comienzos de la Misa; que cuando se ofende a uno, hay que pedirle perdón a él y no acudir al confesonario; que, si dos esposos se desavienen, no tienen por qué acudir a confesarse, sino que «todo se arregla» con una taza de café o con un paseo. Todos esos errores —y otros— se han vertido a la presencia del pueblo sencillo, esa parte tan sana del Pueblo de Dios, ante el cual se han aducido textos de la Sagrada Escritura que jamás la Iglesia ha interpretado en sentido penitencial. Con ello, se ha olvidado que Cristo no entregó sus enseñanzas al estudio o análisis individual del creyente ni del sacerdote, sino que puso su Evangelio en manos de la Iglesia, dotado de un Magisterio auténtico. Siempre resultará de corta medida cuanto se haga para defender a nuestro pueblo sencillo de la proyección de unos criterios religiosos absurdamente democráticos e ilegítimamente independientes del Magisterio de la Iglesia. Valoramos la fe de ese pueblo sencillo que conoce la verdadera doctrina de la Iglesia sobre el sacramento de la penitencia. Esto —como dijera Pablo VI— nos mueve a permanecer «abiertos a la más plena confianza y a la más tenaz esperanza». A pesar de existir motivos para sentirse turbado en su fe, a la hora de la verdad, ese mismo pueblo sencillo prescinde de las doctrinas peregrinas que ha escuchado sobre dogma y sobre moral. Mas no por esto se justifican aquellos dislates.*

Hasta aquí el articulista de NORAY. Sus palabras son bien aplicables al clero de la Encarnación, cuyos dos «avanzados» coadjutores, conscientes de su fracaso pastoralista, desaparecieron de la parroquia poco ha. Uno, el que más dislates doctrinales prodigó, acaba de casarse, demostrando lo que ya era. El otro ha marchado a Misiones, lo cual nos impresiona y aflige porque, ¿qué trabajo útil hará en Africa cuando en Mallorca se desentendía habitualmente de sus deberes en el sacerdocio? Por los frutos les conoceréis, dice el Evangelio.

● Cuanto al párroco de la indicada iglesia de la Encarnación, es uno de los cuarenta y nueve asambleístas que, reunidos en la parroquia de Son Rapiña para «reflexionar pastoralmente», se atrevieron a pedir la destitución de hermanos suyos en el sacerdocio, incluso de los que son autoridad en la diócesis. De entre tan irreflexivos reflexionantes incluso los hay que, habiéndose buscado colocación, en hoteles y fábricas —¡dinero, dinero, dinero!— y menospreciada la misa diaria, se revelan los más inconsecuentes. Para unos y otros parece escrito lo siguiente: *No habrá paz, si lo alto no está en su lugar y lo bajo en el que le corresponda. No habrá paz, si, como hacen las estrellas, cada hombre no guarda su puesto, sin usurpar el lugar del vecino, sin turbarle en su oficio, sin olvidarse del suyo propio y sin romper la ley santa impuesta por el Señor. Se repite que «todos somos Iglesia»; pero no se añade que no todos somos Jerarquía, instituida por Cristo para el gobierno de aquélla. Ha dicho Pablo VI que la función del Obispo es inalienable. El pertenecer a la Iglesia no confiere derechos a ejercer presiones sobre un Jerarca. Ni el hecho de haberse celebrado una «Asamblea conjunta de Obispos-Sacerdotes» es suficiente para prescindir de verdades básicas de índole eclesiológica, y para hacer caso omiso de leyes del «Código de Derecho Canónico» que la Santa Sede mantiene en pleno vigor. Para quebrar la paz no hace falta manejar armas de acero. La paz se pierde de muy diversas maneras y ciertamente cuando se utiliza la exigencia, acompañada de la amenaza de adoptar posturas ilegítimas. No somos inmovilistas. Sabemos que la pastoral ha de adaptarse a los cambios de los tiempos. Puede prepararse a los fieles para la Navidad, de modos distintos de los de antaño. Pero no ignoramos que jamás podrá aceptarse un género de predicación sobre el sacramento de la penitencia, que divulgue una doctrina directamente contraria a clarísimas enseñanzas conciliares y a las recientes de la «Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe». En la Diócesis sólo hay un Maestro —el Obispo— que lo es en virtud de su Oficio. Todos los demás enseñamos si él faculta, y debemos adoctrinar de conformidad con su Magisterio. Por cuyo motivo, es totalmente ilegítimo predicar a los fieles unas doctrinas rechazadas abiertamente por la Iglesia de la que el Prelado es Jerarca. Además, con el abuso de la licencia para predicar se quiebra la paz al romperse el orden jerárquico establecido y al turbar la conciencia de los fieles y engendrar confusionismos de gravísimas derivaciones. Queremos paz. Sabemos que un factor indispensable para gozar de ella es obrar dentro de la Iglesia con sujeción al orden establecido por la Jerarquía y, a la vez, enseñar sólo lo que ésta permita y mande que se predique a los fieles, quienes pueden exigir que no se les enseñe sino lo que enseña la Santa Madre Iglesia. Este es uno de sus derechos más sagrados.*

¿Octavario por "La unión de las Iglesias"?

Por FEDERICO MOSCARDO

Así reza, desde hace algunos años, el cartel anunciador. Si en el Credo decimos que la Iglesia es UNA, Santa, Católica y Apostólica, ¿qué iglesias se trata de unir?, ¿y qué nos importa que esas iglesias que no son la única de Cristo estén unidas o separadas? Más nos interesa que continúen desintegrándose hasta reducirse a polvo, como las ramas secas separadas del tronco y privadas de la savia.

Lo que hemos de hacer es orar fervorosamente «por la Unidad de la Iglesia», como se titulaba este Octavario antes del confusionismo actual. Cuando la Iglesia Católica estaba unida como fortaleza inexpugnable, cada día eran más numerosas las conversiones de protestantes al catolicismo, especialmente en Inglaterra, Holanda y Estados Unidos. Después del Concilio han cesado estas conversiones y han empezado las deserciones y apostasías de católicos, sacerdotes y seglares. La nueva liturgia y la nueva pastoral han fracasado rotundamente, son altamente perjudiciales, están destruyendo la fe.

Hoy ya no se admite que *fuera de la Iglesia Católica no hay salvación*, pero así lo proclaman el Símbolo Atanasiano del siglo V, rezado por el clero hasta que lo suprimió la actual reforma litúrgica; el Papa Pelagio II en el siglo VI, Inocencio III, que en el siglo XIII incluyó en la Profesión de Fe preceptuada a los valdenses esta fórmula: «Creemos de corazón y confesamos con la boca una sola Iglesia, no de herejes, sino la Santa, Romana, Católica y Apostólica, *fuera de la cual nadie se puede salvar*.» Estas últimas palabras *fuera de la cual nadie se puede salvar* se repiten en la Definición dogmática del Concilio Ecuménico Lateranense IV y en la Bula «Unam Sanctam», de Bonifacio VIII. El Concilio Ecuménico de Florencia incluyó en la Profesión de Fe exigida a los jacobitas las siguientes palabras: «No sólo los paganos, sino también los judíos, los herejes y los cismáticos, no participarán de la vida eterna, sino que irán al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles, a no ser que antes de morir ingresen en la Iglesia Católica.» Al final de la Profesión de Fe del Concilio de Trento dice: «esta verdadera fe católica, *fuera de la cual no hay salvación*...» Las mismas palabras se encuentran en la Profesión de Fe exigida por Benedicto XIV a los maronitas, que aceptándola ingresaron en masa en la Iglesia Católica, en donde aún permanecen. Finalmente, Pío IX, en carta a los obispos de Inglaterra el año 1864, se expresa de esta forma: «*Es intolerable* que los fieles y los eclesiásticos oren por la unidad cristiana *de mano con los herejes*.»

Oremos, pues, por la Unidad de la Iglesia, por la unidad de fe y de mando bajo la infalibilidad y suprema jurisdicción del Romano Pontífice. La ley fundamental de la Iglesia ya la promulgó Jesucristo, y es irrevocable, cuando constituyó a Pedro piedra fundamental de la Iglesia, y la voluntad del Señor es que continúe siendo un solo redil bajo un solo Pastor. Roguemos primeramente por los que llamándose católicos atacan algún dogma o la jurisdicción del Supremo Pastor, éstos están excomulgados por el Código Canónico vigente todavía. Roguemos también por los apóstatas, los que han abandonado la Iglesia, y en tercer lugar por los cristianos que han nacido y han sido educados en el error, para que vuelvan a la única Iglesia de Cristo, de la que sus antepasados se separaron.

"Sin Eucaristía no hay Iglesia"

Por Ignacio ARBULU PINEDA, Obispo de Huánuco (Perú)

(*Continuación.*)

El reciente Concilio declara solamente: «La *Eucaristía* aparece como fuente y cima de toda evangelización al introducirse, poco a poco, los catecúmenos en la participación de la *Eucaristía* y los fieles, marcados ya por el Bautismo y la Confirmación, se ingieren cumplidamente en el Cuerpo de Cristo por la recepción de la *Eucaristía*... Es, pues, la *Eucaristía* el centro de la congregación de los fieles que preside el presbítero» (Concil. Vat. II núm. 5. Ministerio y vida de los presbíteros).

De propósito hemos subrayado las veces que se repite la palabra Eucaristía para hacer notar la insistencia conciliar que trasluce la importancia suma, vital, sustancial de la misma.

Y porque la Eucaristía es el «centro mismo de la vida cristiana, cuyos varios nombres —fractio panis, communio, ágape— se emplean casi antonomásicamente para decir «la Iglesia»; por eso hay en torno del Misterio, literatura litúrgica que detalla su forma y modo, pero no apologética, porque transcurren siglos sin que existan herejías eucarísticas. La Divinidad es golpeada por los gnósticos, la Moral por los marcionistas, la Trinidad por los montanistas y sabelinos, la Encarnación por los adopcionistas. Nada roza, en cambio, la Eucaristía. Es más: la Eucaristía no sólo no es discutida y objetada, sino que, como punto neutro de común acuerdo, empleada como «prueba» contra las otras herejías, como en S. Ireneo, que la utiliza frente a los que negaban la Resurrección, probando ésta por su prolongación eucarística y no al revés. No hay, por eso, casi literatura patrística, probatoria o razonadora para la Eucaristía. Casi las primeras palabras extensas y menudas que sobre ella se escriben son el ditirambo: cuando, nacidos en Oriente y Occidente, las dos altas hogueras poéticas —S. Juan Crisóstomo y S. Agustín— trazan las primeras grandes homilías eucarísticas. Pero en ellas ambos Padres usan sosegada e indiferenciadamente las palabras Pan y Vino, o las palabras Cuerpo y Sangre. Porque no se preocupan de probar nada. Manejan una evidencia. Saborean una posesión. Continúan la fórmula clara y directa de Cafarnaún cuando, para la adhesión o para la huida, nadie añadió nada a las simples palabras de Jesús.

«Y esto continúa así durante siglos. La Edad Media apenas añade a esta postura más que un punto más de temeroso respeto. La literatura que tiene con la Encarnación la familiaridad de los villancicos y con María la ingenuidad de las trovas y «miracles», guarda para la Eucaristía una distancia reverente, que le hace volcar toda su alma en el Cáliz, como si no se atreviera a pasar del continente al contenido, y reservara toda su poesía para las peripecias caballerescas en torno al Santo Grial. Pero todo esto no hace sino reafirmar la sencilla posesión del Misterio: hasta tal punto evidente que es curioso observar cómo la mayor parte de las homilías del Jueves Santo —in Coena Domini— se encuentra en el tema del Lavatorio, no en el de la Institución: como si lo que importara exponer fueran estas consecuencias de caridad y humildad, derivadas del dogma indiscutido.» (José María Pemán: *A la luz del Misterio*, página 63.)

Efectivamente, como bien observa Pemán, no hubo discrepancias acerca de la Eucaristía en medio de las turbulentas aguas del mar de herejías cristológicas, trinitarias y soteriológicas. Hubo discusiones, dudas, controversias, acerca de los atributos y cualidades de la Persona en sí misma, mas no en cuanto a su presencia sacramental; y aún la más atrevida de las herejías que intentó negar su divinidad (Arrianismo) no se atrevió, al menos explícitamente, negar su real presencia eucarística. Y así unos dijeron que había en Cristo dos personas (Nestorianos); otros, una sola naturaleza, la divina (Eutiques); una sola voluntad (monotelistas); hasta hubo quien salió diciendo (Prisciliano) que Jesucristo en cuanto es *tal* hombre, debía ser considerado como hijo adoptivo del Padre, y no hijo natural, herejía que puede considerarse como un renuevo del Nestorianismo. Fue condenada por los Papas Adriano I y León III, quienes declararon la verdadera doctrina al respecto, diciendo que «Cristo es hijo natural de Dios, y no adoptivo, en una y otra naturaleza». Y así es porque la *filiación* recae en la persona, necesariamente individual e incomunicable en el sujeto en que se halla; entonces Jesucristo como Dios y como *tal hombre*, es hijo natural del Padre, por la suprema razón de no haber en El más que una persona, que es la segunda de la Augusta Trinidad. Si se aceptara esta teoría del *adopcionismo*, vendríamos a parar en que el hombre, en cuanto al alma, es hijo adoptivo de sus padres, y sólo hijo natural en cuanto al cuerpo, lo cual no es admisible.

El hecho es que ninguna de estas herejías tocó directamente la real presencia.

La adoración del Dios-Hombre en la Eucaristía ha sido y será siempre dogma de fe. Pero cabe una pregunta aclaratoria: la humanidad, el cuerpo de Cristo, ¿debe ser adorado? «La humanidad de Cristo —dice Karl Adam—, por razón de su unión hipostática con el Verbo (Logos), ha de ser venerada latréuticamente, *en sí misma*, aunque no por razón *de sí misma*; esto, estricta y formalmente, no es dogma de fe, pero sí *fidei proxima*: próxima a la fe. El objeto de la adoración no es aquí el Dios hombre como conjunto o todo, sino sólo su humanidad, pero únicamente en su unión con el Verbo. Para atender rectamente esta tesis no hay que olvidar que en esta proposición la humanidad de Cristo no es adorada por razón de sí misma (*propter se*), aunque sí en sí misma (*in se*), es decir, en su unión hipostática. La humanidad del Señor es sólo el objeto de la adoración (*obiectum materiale*), pero no el motivo, lo que en lenguaje escolástico se llama *objeto formal* (*obiectum formale*) de la adoración. El objeto o motivo formal es solamente el Verbo (Logos), la divinidad. Venerar latréuticamente la humanidad de Cristo por razón de sí misma sería idolatría.

«Como en la época primitiva del cristianismo la cuestión no fue planteada con este rigor, no es posible hallar en los teólogos de entonces testimonio alguno expreso en favor de nuestra tesis. Pero en la adoración de facto del Dios-Hombre por la Iglesia primitiva se admite, por lo menos implícitamente, la adorabilidad de su humanidad. Sólo de Orígenes sabemos que atacara conscientemente esta adoración del Verbo humanado. Para él el objeto de la adoración no es el Verbo en su forma *servi* (de siervo), sino en su forma *Dei* (de Dios). Los Padres posteriores notan que, después de la encarnación, la adoración del Verbo sólo es posible adorando al mismo Verbo en y por su humanidad. La naturaleza humana es la manifestación terrena y visible del Logos. Sólo por ella se hace visible para nosotros. Sólo por ella podemos aprehenderle. En este sentido nota S. Atanasio: «Nosotros no adoramos en modo alguno una creatura. Ese es error de gentiles y arrianos. Lo que nosotros adoramos es al Señor de la creatura, al Dios hecho hombre. Porque si es cierto que la carne es cosa creada, se ha convertido, no obstante, en el cuerpo de Dios. No adoramos ese cuerpo de manera que lo separemos del Logos ni cuando queremos adorar al Logos lo arranquemos previamente de su carne. ¿Quién iba a ser tan insensato que le dijera al Señor: Sal primero de tu carne para que pueda adorarte?»

«Desde el mismo punto de vista se defienden los Padres del reproche apolinarista de que los adoradores de la humanidad de Jesús sean «adoradores del hombre y de la carne», y de la adoración de la humanidad sacan la consecuencia de que también *han de ser adorados* el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo en la Eucaristía, porque *no son un cuerpo y una sangre ordinarios*, sino el cuerpo y la sangre del Logos. Juntamente con Ambrosio es señaladamente Agustín quien reclama la adoración eucarística: Puesto que Cristo «ha caminado aquí en la tierra con esa carne y ésa nos ha ofrecido para comida, consta que no sólo no pecamos cuando la adoramos, sino que pecamos no adorándola».

Hemos dicho que la Iglesia es «Jesucristo *continuado* en su misión salvadora»; el término continuado significa también su perennidad personal, presente, en la misma. Su presencia eucarística que es la Vida de la vida eclesiástica, *continuación* ininterrumpida, de modo que aquí, en la Eucaristía, se cumple a maravilla su dulce Promesa: «Estad ciertos que yo mismo estaré *continuamente* con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mat., 28-20).

Sabemos que la Iglesia es la convocación, reunión o congregación de los fieles creyentes. Supongamos que no estuviera Cristo presente —como lo está eucarísticamente—: ¿Alrededor de quién se reunirían los fieles, quién sería el centro, motivo, causa de dicha reunión? ¿Bastaría sólo su palabra? Sí, la palabra de un ser amado se oye con alegría y consuelo, llena los oídos, llena el corazón, pero no del todo, no plenitudinalmente. El amor pide más, quiere ver a la persona; su presencia real sí que llena el alma y el corazón; a través de los ojos materiales, los ojos del alma no se cansan de mirar al ser amado. Esto es muy psicológico, muy de acuerdo con nuestra íntima constitución espiritual. Así estamos hechos; es nuestra naturaleza, y las leyes de la naturaleza, o se cumplen, y ello nos perfecciona, o se desconocen o subestiman, y ello nos degrada, poniéndonos en un nivel indigno de nuestra humana dignidad...

MI NUEVA Y "PROGRESISTA" PARROQUIA

JESUCRISTO, en un CAJON;
el TITULAR o PATRON,
colocado en un rincón,
que casi no se le ve,
y LA VIRGEN... yo no sé
si está allí por compasión.

(Como ésta hay muchas.)

TEOFILO

SIGUEN LAS MALAS TRADUCCIONES EN LOS TEXTOS OFICIALES DE LA SAGRADA ESCRITURA:

En el Evangelio del domingo 12-12-1971 oímos:
«LOS INVALIDOS ANDAN», en vez de
«LOS COJOS ANDAN», como siempre se ha traducido con más propiedad.